CUADERNOS historia 16

Alejandro Magno

Pedro Sáez, Antonio Caballos, J. F. Rodríguez Neila

31



Entrega n.º 31 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a Alejandro Magno.



AA. VV.

Alejandro Magno

Cuadernos Historia 16 - 031

ePub r1.0
Titivillus 02.04.2021

Título original: *Alejandro Magno*
AA. VV., 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Alejandro Magno, joven (Museo Acrópolis, Atenas).

Indice

ALEJANDRO MAGNO
El ascenso de Macedonia y la unificación de Grecia
Por Pedro Sáez Fernández
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla

La gran aventura oriental

Por Antonio Caballos Rufino
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla

Las transformaciones del mundo helenístico

Por Juan Francisco Rodríguez Neila
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Córdoba

Bibliografía

El ascenso de Macedonia y la unificación de Grecia

Por Pedro Sáez Fernández

Profesor de Historia Antigua. Universidad de Sevilla

MACEDONIA, región situada en la zona septentrional de la península balcánica, había sido considerada por el mundo griego antiguo como zona de bárbaros. Este será precisamente uno de los recursos esgrimidos por Demóstenes en sus encendidos discursos contra Filipo II, el unificador de toda la Grecia. Y decimos unificador y no conquistador porque la critica moderna ha demostrado que la estirpe real macedonia era helénica. Desconectados los macedonios del desenvolvimiento de las estirpes meridionales, habían conservado las instituciones primarias del patrimonio común griego. A esto habían añadido elementos tomados de sus vecinos tracios e ilirios, con lo que se había llegado a un sistema de gobierno totalmente diferente a los demás de Grecia.

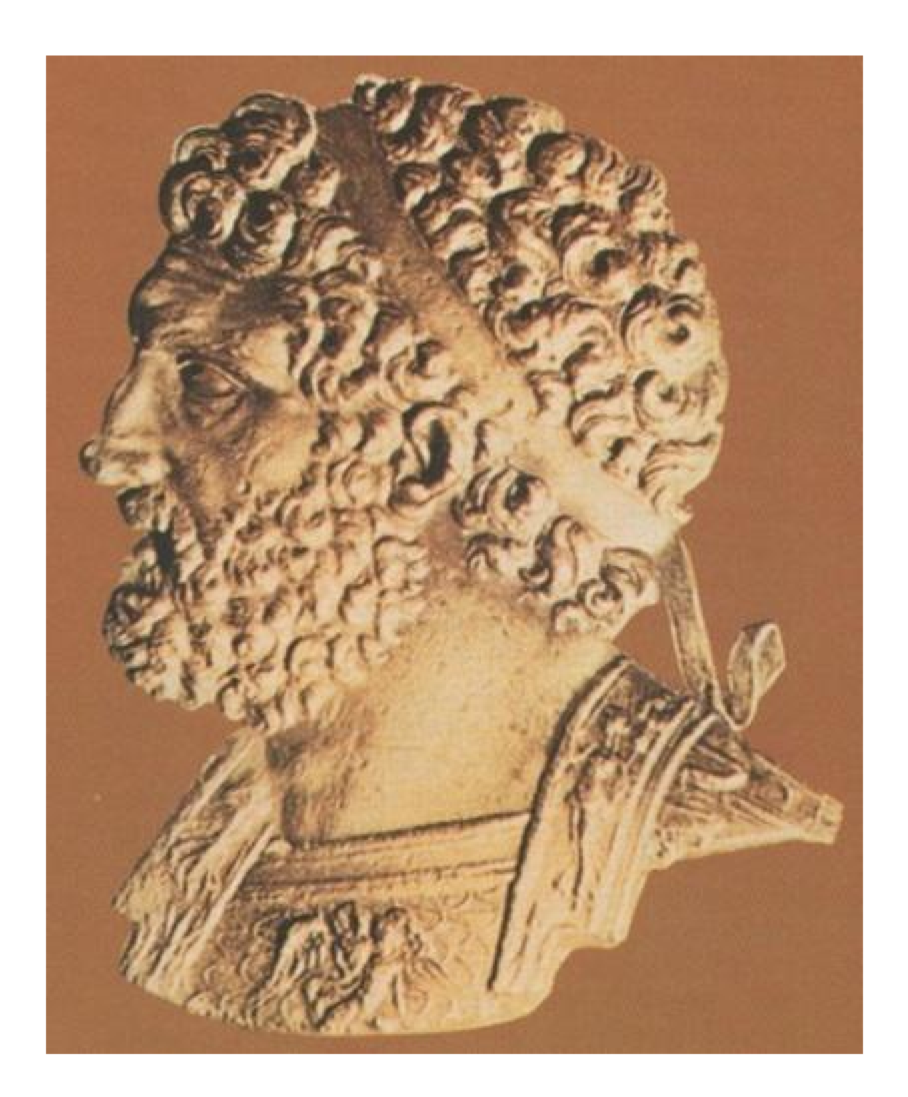
Descansando en una monarquía de tipo militar, el rey era al mismo tiempo jefe, sacerdote y juez supremo. Su origen está en el ascenso de una familia o estirpe, la de los Argeadas, que acabará imponiéndose al resto de las tribus macedonias e instaurará la monarquía, aun cuando la firme sucesión al trono no estuvo establecida ni aun a comienzos del siglo IV. La nobleza territorial estaba obligada a seguir al rey en la guerra como caballeros, constituyendo su séquito natural. Todavía en época de Alejandro

recibían el nombre homérico de *hetairos* (compañeros). En compensación recibían tierras en calidad de feudos. Este sistema político lo completaba una Asamblea de guerreros, normalmente campesinos libres, que gozaba de algunos derechos ancestrales, como la confirmación por aclamación del nuevo monarca o la constitución como tribunal supremo en juicios de alta traición. Indudablemente, su organización política era muy distinta de la de las ciudades del resto de la Grecia.

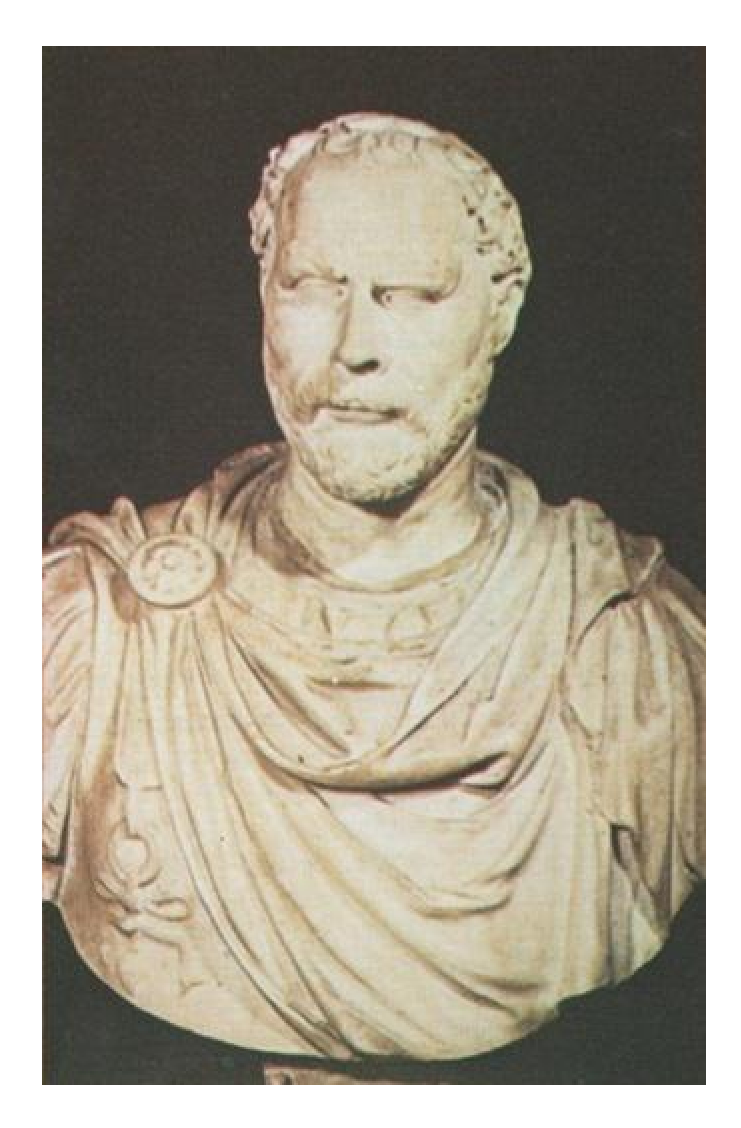
Las ciudades griegas tenían sistemas políticos autónomos y basados en la *polis*: Estado limitado a una ciudad. En opinión de Pölmann, uno de los mejores conocedores de los hechos económicos y sociales del mundo antiguo, las *polis* griegas estuvieron siempre determinadas por su insuficiencia territorial. Esta produjo en la mayoría de ellas la tendencia a la política de expansión que las llevó, alternativamente, a dominar sobre otras o a ser dominadas. A fines del siglo V, las posibilidades económicas de la *polis* estaban casi agotadas. No se puede olvidar que Grecia terminaba por entonces la Guerra del Peloponeso. Los continuos movimientos internos y la incertidumbre en la propiedad privada que se encontraba asfixiada por las cargas tributarias y amenazada por los excesos demagógicos, hacían poco viable el sistema de ciudad-Estado. Aún podría la *polis* haber tenido vigencia si no hubiesen fallado sus condicionantes políticos. En el caso concreto de Atenas se manifiestan en una corriente de búsqueda de la paz, del bienestar material y de la igualdad social de la que quizá es exponente la escuela cínica, corriente filosófica que daba su máximo valor al individuo. Todo esto provocó una inhibición que indudablemente favoreció a Macedonia en sus ideas imperialistas.

Los reyes macedonios anteriores a Filipo II trataron por todos los medios de consolidar la monarquía. Nuestras noticias fidedignas, que comienzan con Pérdicas I, indican que el Imperio persa se imponía sobre estos territorios en calidad de Estados cuasi-vasallos. Con Alejandro I, Macedonia se integra en la corriente cultural de la Grecia clásica, cuya corte visitaron Píndaro y Heródoto. La Guerra

del Peloponeso afectó de rechazo a Macedonia, que vio su salida al mar Egeo obstaculizada por la fundación de la colonia ateniense de Anfípolis. Debido a esto, Pérdicas II tuvo que tomar una actitud hostil frente a Atenas. Pero quizá sea Arquelao (413-399 a. C.) el que configure de forma más decidida la personalidad de Macedonia. Tucídides lo afirma claramente (II, 100, 2): *Arquelao, al llegar a rey, constituyó las actuales fortificaciones de Macedonia, trazó caminos rectos, puso orden en todas las cosas, sobre todo en las que tienen relación con la guerra, acrecentando la caballería, los armamentos y los demás implementos bélicos en mayor medida que los otros ocho reyes juntos que le precedieron*. En la nueva capital, Pela, recibió a Eurípides, quien compuso en su corte la *Bacantes* y dedicó al rey su drama *Arquelao*. A su muerte, Macedonia cae en la anarquía interior por un largo periodo, cuya única excepción la constituye el reinado de Amintas III. A la desaparición de éste sobrevienen de nuevo los disturbios dinásticos hasta la regencia en 359 a. C. de su hijo Filipo.



Filipo II de Macedonia (Moneda Biblioteca Nacional, París).



Busto de Demóstenes (Museo de las Termas, París).



Restos de la ciudad de Pella, antigua capital de Macedonia.

Polémica en Grecia

Su acceso al trono está marcado por la misma tónica que domina a Macedonia en estos años. Una vez que Ptolomeo usurpara el trono a Alejandro II, el joven Filipo es enviado a Tebas como rehén. El usurpador, buscando ayuda exterior para su consolidación en el poder, había recurrido a Tebas. El envío de Filipo junto con otros nobles era una forma de demostrar su buena voluntad para con esta ciudad, que entonces detentaba la hegemonía política en Grecia. Sin embargo, Pérdicas, hermano de Alejandro II y Filipo, consigue, con la ayuda de Menas, expulsar al usurpador y hacerse con el trono pero su muerte prematura hace que tenga que dejar como heredero a un hijo de corta edad. Filipo, en 359 a. C. se hace cargo del poder como regente. A partir de este

momento comenzará su tarea, que culminará con la sumisión al trono de Macedonia de toda Grecia.

La figura histórica de Filipo ha sido muy polémica debido a los encendidos discursos de Demóstenes. El orador siempre lo consideró un «bárbaro» que buscaba la destrucción de Atenas, enemigo de la libertad y de la democracia de la Hélade. En función de esto, los estudiosos de la antigüedad han tratado el tema, inclinándose a favor o en contra de Filipo. Así, Niebuhr y Grot, historiadores de la primera mitad del siglo XIX, velan la lucha de Atenas contra Macedonia como la defensa de la libertad y la democracia contra la tiranía. Sin embargo, Pölmann y Holm, también en el siglo XIX, idealizan a Macedonia y describen a Demóstenes como un reaccionario. En posiciones más moderadas con respecto al orador se colocaron Beloch y otros. W. Jaeger lo sitúa en la dinámica histórica griega del siglo IV: *Hemos aprendido ahora que, en tiempos de Demóstenes, una ley subyacente del desenvolvimiento alejaba a los griegos del antiguo y limitado Estado-ciudad y los conducía al imperio universal de Alejandro y la cultura universal del helenismo. Vista en esta nueva y vasta perspectiva, la figura de Demóstenes se reduce a un pequeño obstáculo en el curso de un proceso histórico irresistible*. Por otra parte, la historiografía soviética, que podemos representar por Struve, ve a Demóstenes como un defensor de la forma ya caduca del Estado esclavista.



Monumento macedonio a la victoria de Filipo II en Queronea.

Demóstenes

El pensador, político y orador ateniense nació entre los años 384 y 383 a. C. De entre toda su actividad vital destaca su posición negativa con respecto a las luchas expansionistas dirigidas por Filipo de Macedonia sobre territorio griego. A lo largo de una década, entre los años 348 y 338 a. C., su oratoria estuvo dirigida a combatir al invasor, consiguiendo unos efectos que la fuerza de las armas no era capaz de obtener de hecho.

En su obra descuellan sobre todo las denominadas *Filípicas* —351-350—, dirigidas contra el macedonio; asimismo, en las Olintíacas —349— expuso su teoría acerca de la necesidad del mantenimiento de la independencia de las instituciones democráticas que configuraban la misma esencia de Aterías como comunidad humana organizada. Tras la invasión macedonia, Demóstones aglutinaría en torno a su persona las actitudes de oposición a la fuerza extranjera impuesta.

La sencillez y claridad de su oratoria se manifiesta en todas sus piezas, de entre las que cabe destacar las tituladas *Acerca de las agrupaciones, Contra Timócrates* y *Contra Aristófanes*. Demóstenes murió en la isla de Calavria en el año 332 a. C.

Pero no todo fueron criticas a Filipo en su tiempo. Mediante Diodoro de Sicilia han llegado a nosotros noticias de la *Historia de Filipo* de Teopompo, con un tono panegírico del macedonio. Diodoro también utilizó la obra de Eforo, contemporáneo de Filipo. Esquines, orador de la época, convertido a la idea del partido promacedonio en Atenas, fue un defensor a ultranza. Isócrates (436-338 a. C.), ya antes del ascenso de Macedonia, buscaba ideales comunes para unificar a los griegos contra Persia. Contrario al sistema democrático ateniense por su corrupción, veía la solución a este estado de cosas en la monarquía. Sus obras, más que encuadrarlo en el partido promacedonio, tratan de elevarlo por encima de éste, buscando establecer una ideología de la monarquía en Grecia. Pero parece que también intervino en ella el oro de Filipo.

Ya el lector habrá observado por los partidarios o adversarios de Filipo, que Atenas, como cabeza rectora de Grecia, estaba dividida en dos grupos: los antimacedonios y los promacedonios. Los primeros de ellos eran los integrantes de lo que se ha denominado «partido del Pireo». Este grupo estaba compuesto de mercaderes y artesanos cuya economía estaba basada en la política exterior de Atenas, concretamente en el comercio marítimo con la zona norte del litoral del mar Negro. Para ellos la penetración de Macedonia en Tracia y el mar Negro, con la ocupación —que más adelante veremos— de las ricas colonias atenienses, representaba un duro golpe a sus intereses. Esta postura, a su vez, era apoyada por amplias capas de ciudadanos libres cuya existencia dependía de la entrega de subsidios por parte de las clases pudientes.

El reverso de la moneda lo constituían los promacedonios, representados mayoritariamente por ciudadanos pertenecientes a las capas adineradas. A éstos no les interesaba una guerra contra Macedonia. Y no les interesaba porque representaba un capítulo excesivo de gastos que ellos tenían que satisfacer como ciudadanos

más pudientes. Las ganancias obtenidas con la explotación de las posiciones exteriores no les compensaban. Por otra parte, la pauperización de la población creaba cada vez más tensiones entre esta «clase alta» y la población pobre. Estas razones, y otras más que sería excesivamente complicado examinar, hacían que este grupo viese en Macedonia un poder fuerte que los amparase.

Consolidación interna

Pero quizá hemos adelantado demasiados acontecimientos. Habíamos dejado a Filipo en el momento de ocupar la regencia del trono de Macedonia (359 a. C.) y enfrentado a una grave crisis interna, debido al estado de anarquía y a la inestabilidad del trono. Al mismo tiempo, sus vecinos, los tracios, hostigaban la frontera por el Este, así como los ilirios y peonios por el Oeste y Noroeste, respectivamente. Mediante alianzas sujetó a los tracios, atacando y derrotando a los ilirios. Con Atenas llegó a un acuerdo por el que se comprometía a retirar sus ejércitos de Anfipolis a cambio de la ciudad de Pidna y de su apoyo al trono. Y hablamos de apoyo al trono porque Filipo hacia estas fechas es proclamado rey, desplazando a su sobrino Amintas. Conseguido el trono, rompe el acuerdo con Atenas y conquista Anfipolis. Posteriormente ocupa Crénides, a ruego de sus habitantes, amenazada por enemigos exteriores. La posesión de esta ciudad, a la que cambiará el nombre, llamándola Filipos, aseguraba la ocupación de los ricos yacimientos de oro del Pangeo, que tendrán gran importancia en el desarrollo de la política exterior de Filipo, ya Filipo II. No sin razón, Diodoro dirá apesadumbrado que muchos helenos traicionaron a su patria por el oro de Filipo. A su vez éste afirmaba que ninguna fortaleza era tan alta que no pudiera subir hasta ella un asno cargado de oro.



Esquines, defensor a ultranza de la política macedónica (Museo Arqueológico de Nápoles).

Esta paulatina agresividad de Filipo II y sus progresos en Tracia habrían sido imposibles sin la concurrencia de un ejército potente. Y es precisamente la reorganización del ejército hecha por el monarca lo que le permitirá llevar a buen término sus pretensiones de conquista. Compuesta por nobles consiguió hacer de la caballería, bien ordenada en regimientos (*ilas*), un arma eficaz, al mismo tiempo que lograba romper los intentos autonomistas de estos

señores feudales. La Corte ejerció tal atracción sobre esta nobleza que consiguió romper sus vínculos con la tierra y hacerla palaciega. Con la infantería, hasta entonces rudimentariamente organizada, formó la falange macedonia, dotándola de mejores armas (escudo redondo y pequeño, y larga lanza o sarissa) y de una también mejor capacidad táctica. Innovación con alcance político fue hacer extensivo a los llamados «heteros de a pie» ciertos privilegios en la Asamblea del ejército que hasta entonces sólo habían disfrutado los nobles. Con los mercenarios se organizaron las tropas ligeras y móviles (*hyspapistas*). Este armamento y la instrucción de la tropa estaba en función de la táctica militar empleada. Fue en Tebas, cuando estuvo de rehén, donde conoció la «formación oblicua» utilizada por Epaminondas, y será ésta la misma táctica que aplicará, pero con cuerpos de ejército distintos. Epaminondas realizaba la ofensiva con la infantería; Filipo II la transfirió a la caballería de *heteros*, mejor preparados. Los falangistas, con sus largas y pesadas lanzas, pasaron al ala defensiva.

Filipo II será el que por primera vez emplee la táctica de todas las armas orgánicamente Combinadas. Indudablemente esto exigía una preparación y una disciplina férrea con entrenamiento continuo a cualquier hora y en cualquier estación. La movilidad conseguida en sus maniobras y desplazamientos fueron motivo de admiración para sus contemporáneos, incluido su antagonista, Demóstenes.

La estrategia fue también reformada. A pesar de que la invención era de Epaminondas, fue Filipo el que implantó decididamente la estrategia del aniquilamiento. Derrotado el enemigo se le perseguía con la caballería hasta su extinción. El sistema de cerco de ciudades para conseguir su rendición por hambre fue sustituido por el de la aplicación de máquinas de guerra. Concretamente, en el sitio de Perinto y Bizancio se aplicó una máquina llamada «destructora de ciudades» (*helepolis*). Dichas máquinas también hicieron acto de presencia en los navíos de guerra, por lo que éstos comenzaron a construirse de un tonelaje mayor.

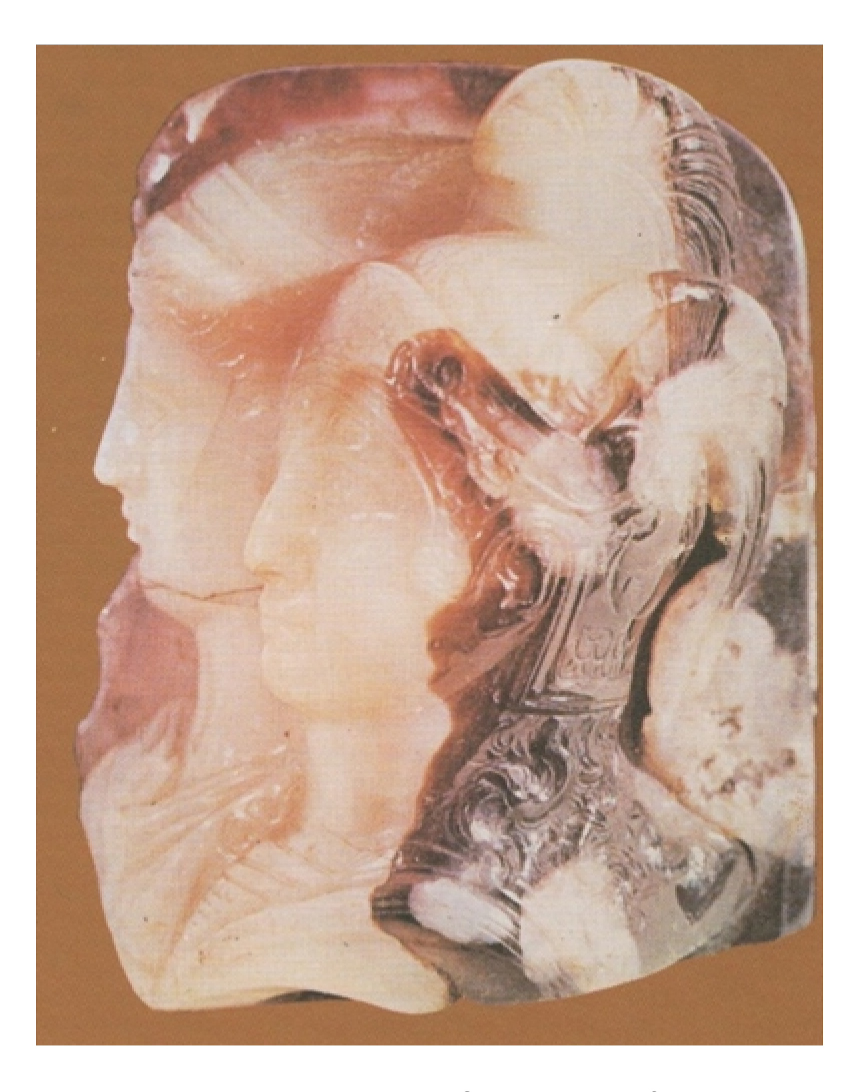
Hasta el 354 a. C. encontramos a Filipo estableciendo bien sus fronteras, consolidando el reino y haciendo algunos progresos en Tracia. Pero su política no se limitaba sólo a los aspectos de orden militar. Paralelamente había desarrollado una activa diplomacia. Da prueba de ello un tratado de amistad y alianza con la potencia griega más importante del Norte, la Liga Calcidica, mediante la colaboración del Oráculo de Delfos, a quien Filipo parece que sugería algunas de sus inspiraciones. Atenas, por su parte, también buscó alianzas en algunos príncipes y reyes tracios e ilirios.

Unificación de Grecia

En Grecia había estallado hacia estas fechas la Tercera Guerra Sagrada, originada a partir de una violación de los derechos de la Anfictionia délfica por los focenses. Sin entrar en muchos detalles sobre esta conflagración bélica, sólo diremos que los focenses consiguieron poner en serios aprietos a una coalición de beocios y tesalios. Este hecho es muy significativo, por cuanto nos viene a demostrar la situación de total impotencia de los Estados griegos. Sus fuerzas estaban muy mermadas. Lo cierto es que se tuvo que recurrir a Filipo, porque los tesalios eran incapaces de derrotar a los focenses. Filipo corrió en su ayuda, puesto que así conseguía inmiscuirse en los asuntos de Grecia. Los focenses fueron derrotados. Pero cuando Filipo quiso entrar en Grecia central para llegar hasta Delfos, encontró el paso de la Termópilas cerrado por atenienses y espartanos; no quiso el macedonio entrar en batalla todavía y emprendió el regreso.



Filipo II (Museo de Copenhague).
Acceso a la tumba de Filipo II en Vergina (grecia).



Alejandro y su madre Olimpia, camafeo (Museo Arqueológico de Florencia).

A partir del 352 a. C. comienza lo que la historiografía moderna ha llamado la segunda fase de la expansión de Macedonia. Filipo emprende otra expedición a Tracia, hecho que afectaba directamente al comercio griego. Los atenienses vieron en esto una provocación. Pero aún más grave fue el ataque a los calcídeos con una excusa banal, destruyendo Ostagira y Olinto. Los demás griegos no pudieron prestar ninguna ayuda. Atenas, a pesar de la dura oposición de Demóstenes, se vio obligada a firmar la paz, llamada de Filócrates (346 a. C.). En este mismo año derrota Filipo de nuevo a los focenses, que aún resistían. Se reorganiza la Anfictionia y Filipo consigue entrar en ella. En Tesalia, Filipo se

nombra arconte y se hace cargo del gobierno del país. Será ahora cuando tengan lugar las encendidas polémicas entre los atenienses en favor o en contra de la expansión macedonia. Por más que Filipo intentó todas las aproximaciones posibles a Aterías, ésta las rehusó en base a los planteamientos de Demóstenes, por entonces con gran ascendiente sobre la Asamblea.

En el 342 a. C. comenzó Filipo la sumisión definitiva de Tracia, dejando en su lugar en el gobierno de Macedonia a su hijo Alejandro (el futuro Alejandro Magno), de quince años de edad. Asumiendo el papel de libertador de las ciudades griegas fronterizas a Tracia, comenzó su campaña. Todo el mundo griego sabía que aquello era una verdadera guerra de conquista y a regañadientes aceptó la excusa. Tracia fue sometida, creándose con sus territorios la primera provincia macedonia. La labor que se efectuó fue ingente, estableciendo colonias, fundando ciudades y asentando colonos. Las pequeñas *polis* griegas de la zona hicieron una alianza con Filipo. Al frente de la provincia puso a un gobernador a imitación no de una tradición griega, sino persa. Si estaba construyendo un Imperio y el único modelo disponible era el persa, a él recurrió. Los intereses atenienses en la zona quedaron en peligro.

Por esto, Atenas funda la Alianza Helénica (340 a. C.), uniendo, bajo su dirección, siete Estados griegos. El fundamento de la misma constituía la búsqueda de una paz general (*koiné eirene*), pero todo el mundo sabía que era el miedo a Filipo lo que provocaba la unión de las ciudades.

La situación de tensión se precipitó cuando el macedonio decidió atacar la ciudad de Perinto. En los preparativos del cerco tuvo que violar el territorio ateniense en el Quersoneso tracio, lo que, confesado por Filipo en una carta a Atenas, aplazó la declaración de guerra. No fue fácil el sitio de Perinto, ya que la ayuda de Bizancio, Atenas y algunos sátrapas persas, recelosos del poder de Filipo, hicieron vanos los ataques macedonios. Ante esto decide poner sitio a Bizancio, donde también fracasa. Sin embargo, se apoderó de la flota triguera ateniense que estaba reunida a la entrada del Bósforo,

capturando un total de 230 naves de gran valor. La reacción no se hizo esperar, y Aterías declaró la guerra a Macedonia enviando una flota que liberó a Bizancio del asedio naval de Filipo. Las operaciones por mar eran altamente ventajosas para los atenienses; por tierra para los macedonios, tanto que Filipo, ignorando esta guerra, organiza una expedición contra los escitas. Pero parece que estuvo motivada por razones de orden interno dentro del ejército. Se trataba de levantar el prestigio de las armas macedonias, que se había tambaleado un tanto con los fracasos de Perinto y Bizancio. No resultó un paseo y Filipo, herido, regresó con algunas dificultades ese mismo año.

La situación interna de Grecia de nuevo se hacia favorable a Filipo. O quizá él la hacia favorable con su oro. El caso es que de nuevo estalla otra Guerra Sagrada, en este caso provocada por los locrios de la pequeña localidad de Anfisa, cerca de Delfos. Estos acusaban a los atenienses por actos cometidos durante la Tercera Guerra Sagrada. A su vez, Atenas los acusó de cultivar las tierras sagradas de la llanura de Cirra. Lo cierto es que el único interesado en una Guerra Sagrada en este momento era Filipo. Así, de nuevo se le llama para que asuma la dirección de la guerra como general de la Liga. Y esta vez no se va a detener como en la anterior guerra. Ante el estupor de los griegos, aprovechando este puesto, Filipo conquista Elatea de Fócida, para algo más tarde apoderarse de Anfisa y, en su calidad de mandatario de la Anfictionia, imponer un castigo a los locrios. El problema estaba en saber si Tebas se inclinaría al lado de Macedonia o de Atenas. Demóstenes, a cambio de enormes concesiones, consiguió atraerla al bando ateniense.



Guerrero griego del siglo IV *a. C.*
(Museo Nacional de Atenas).

La batalla decisiva decidieron plantarla junto a Queronea. La iniciativa partió de los aliados. La victoria de Filipo fue total, llevando el peso de la caballería su hijo Alejandro. En la atropellada retirada de los vencidos, Filipo no aplicó su táctica de aniquilamiento como era normal en él. Mostraba así su intención de unir a Grecia, no de aniquilarla.

Las negociaciones de paz se llevaron a cabo rápidamente. La Liga marítima ateniense fue disuelta, pero Atenas conservó su autonomía y su soberanía sobre importantes cleruquias perdiendo el Quersoneso tracio. Mucho más afectada resultó Tebas, que pasó a potencia de inferior orden, ubicándose en ella una guarnición macedonia. Esparta, que se había mantenido neutral, fue reducida a su estricto territorio. En conjunto, Filipo actuó de una forma magnánima, sin excederse en las ventajas que su condición de vencedor le proporcionaba.

La Liga de Corinto

Ya estaba, pues, Filipo en condiciones óptimas para llevar a cabo la reorganización de Grecia y a ello se dispuso. Hizo reunir en Corinto delegaciones de todos los Estados soberanos, con objeto de estudiar y estructurar con ellos la organización que había de darse a Grecia entera. En esta memorable reunión de Corinto se llegó a la constitución de una Confederación Helénica, bajo la dirección de Filipo, en la que se respetaba la paz general, la autonomía de los diversos Estados y se prohibían los cambios constitucionales con violencia. Solamente quedarían guarniciones macedonias en Tebas, Calcis y Corinto. Cada Estado, en forma proporcional a su poderío, estaba obligado a una serie de prestaciones militares.

Por medio de un segundo pacto, Filipo, como rey de Macedonia, concertó una alianza ofensivo-defensiva con cada uno de los Estados. Se creó un Consejo de la Confederación con poderes ejecutivos, en el cual cada confederado tenía una representación proporcional a sus fuerzas militares. Competencia de este Consejo, que también tenía carácter de Tribunal de la Confederación, era decidir sobre la paz y la guerra. Jurídicamente, el Consejo federal funcionaba con absoluta independencia y su jefe no tomaba parte alguna en sus resoluciones. Pero indudablemente la influencia personal de Filipo debió ser en la práctica muy grande.

Se ha atribuido a Isócrates la linea de pensamiento que rigió la configuración de la Liga de Corinto. Punto de vista no aceptado por la critica actual, puesto que Isócrates no pensó más que en una reconciliación de los Estados griegos y la Liga era algo distinto, basado en la política autoritaria de Filipo. Fue en la primera reunión de esta Liga donde el monarca hizo efectivo el punto principal del programa de Isócrates. Propuso una campaña panhelénica contra Persia, dándole cierto sentido de guerra santa, buscando un nexo espiritual entre su empresa y las guerras médicas. Al mismo tiempo, esto consolidaba su dominio en la Hélade. Filipo se retiró a Macedonia para hacer los preparativos de la expedición, pero en el 336 a. C. fue asesinado en Egas, durante la celebración de las bodas de su hija. El asesino, Pausanias, parece que actuó por motivos personales, pero no se ha descartado la posible participación de ciertos círculos de la nobleza macedonia.

La muerte prematura y violenta de Filipo impidió la realización de ese ansiado proyecto de asestar el golpe definitivo al Imperio persa. Esto le cupo en suerte a su hijo Alejandro, con cuya entronización Grecia entró en la antesala de un nuevo período, el del Helenismo.



Guerreros medos y persas en el friso de la escalinata de acceso a la Apadana de Persépolis.



La gran aventura oriental

Por Antonio Caballos Rufino

Profesor de Historia Antigua. Universidad de Sevilla

DDESCENDIENTE de Hércules por parte paterna y de Aquiles por parte de su madre, como generalmente se afirmaba, Alejandro se nos presenta en las fuentes como un personaje enigmático y contradictorio. De una voluntad y fortaleza a toda prueba, apasionado y guerrero por naturaleza, entusiasmado por los héroes griegos, era capaz de los mayores sacrificios, pero, a la vez, podía dar muestras de una gran crueldad. Tenía el corazón devorado por afanes de gloria, y consumió sus tremendas y desbordantes energías en su deseo de llevar a cabo gestas grandiosas. Nos cuenta Plutarco que, cuando muchacho, les decía entristecido a sus compañeros al enterarse de las victorias de su padre Filipo: «¿Será posible, amigos, que mi padre se anticipe a tomarlo todo y no me deje a mí nada brillante y glorioso en que pueda acreditarme con vosotros?». Tuvo una gran importancia lo emocional en la conducta de Alejandro, y así, a veces, se guió más por impulsos espontáneos que por una estricta lógica. Pero también hemos de resaltar que junto a esto hay dotes geniales y una gran inteligencia, que se muestran sobre todo en el arte militar.



Alejandro Magno (arriba) *y Darío en la batalla de Issos, que cambió la faz del mundo. La victoria griega se debió a la huida del monarca persa cuando el resultado era aún indeciso*
(fragmentos del mosaico de la batalla de Issos, Museo Nacional de Nápoles).



Alejandro tenía ideas propias y sabía cómo ponerlas en práctica. Quiso dar a la empresa que ya comenzara Filipo un rumbo grandioso, yendo desde un principio mucho más allá de la primitiva idea de una mera expedición punitiva contra los persas. Tuvo la suerte, o tal vez la habilidad, de encontrar expertos generales a la vez auxiliares y compañeros fieles: Antíparo, que se quedaría en Grecia vigilando la retaguardia; Hefestión; Parmenio, padre de Nicanor y de Filotas; Crátero, Clito, Seleucos, Ptolomeo, Eumenes y tantos otros. A ellos debemos añadir la compañía de intelectuales, como el historiador Calístenes o el artista Lisipo, y otros estudiosos de la Geografía y Ciencias Naturales.

Del cuerpo expedicionario helénico, Macedonia proporcionó unos 30.000 infantes y 6.000 jinetes, a los que se deben sumar 7.000 soldados de infantería y 600 de caballería griegos. Se añadieron algunos destacamentos balcánicos que actuaron como tropas auxiliares. No se puede olvidar el papel fundamental de los ingenieros y expertos en las tácticas del asedio y la utilización de las

máquinas de guerra. Lo característico, en una época en que el ejército se estaba profesionalizando, es que los macedonios constituían ante todo un ejército nacional.

Estas tropas tenían como núcleo a la Falange macedónica, tal como la había creado Filipo: un cuerpo fundamentalmente de choque, con una serie de hileras de ocho y luego de dieciséis hombres en fondo provistos de casco y escudo de hierro y de una larga lanza —la sarissa— cuya longitud oscilaba alrededor de los cinco metros, según el puesto que su portador ocupara en la formación. Los miembros de las cinco primeras hileras apuntaban su lanza al frente formando una barrera erizada de puntas hacia el enemigo, y las tres restantes portaban sus sarissas verticalmente. Se dividió la Falange en seis regimientos, cada uno de 1.500 hombres, cuya misión en el combate dependía de la fila en que se hallaran situados.



Batalla de griegos contra persas en un relieve del Sarcófago de Alejandro (Museo Arqueológico de Estambul).



A este núcleo fundamental debemos añadir los «hipaspistas», soldados de a pie organizados en hileras, pero no tan poderosamente armados como los de la Falange. La caballería pesada estaba compuesta de ocho escuadrones o «ilas» de miembros de la nobleza, a la cabeza de los cuales se colocaba Alejandro. No hemos de olvidar tampoco el papel fundamental jugado por la caballería tesalia.

Mientras tanto, en Persia, tras la etapa que sigue a la cruenta muerte de Artajerjes Oco, subió al poder en el 336 a. C. Darío III Codomano, que contaba cuarenta y cinco años de edad y que, a pesar de sus esfuerzos, resultó ser un príncipe mediocre, incapaz

de detener al macedonio. El rey persa dominaba un imperio inmenso de recursos infinitos, pero que a la vez era, como tantas veces se ha dicho, un gigante con pies de barro. El envejecido aparato estatal aqueménida se mostrará insuficiente ante la agresión audaz y llena de eficacia del ejército macedonio. La raza persa, dominadora y nervio del imperio, después de tantos años de dominio, había perdido mucho del vigor de los primeros tiempos.

Pero, todavía, el ejército persa seguía siendo impresionante, contando con fuerzas cuatro veces superiores a las de Alejandro. En él se integraban tanto el grupo selecto de los mercenarios griegos, al mando del gran estratega rodio Memnón —y que no eran inferiores en número a las fuerzas conjuntas de Alejandro—, como la guardia montada persa y las reservas de las satrapías, Los persas también poseían el dominio del mar, pero Darío no supo aprovechar esta superioridad marítima y pronto la flota quedaría anulada, al ocupar Alejandro, en el segundo año de operaciones, las bases navales de la costa mediterránea.

Filipo, como parte de los proyectos de invasión de Asia, había mandado a su general, Parmenio, al Asia Menor a preparar el terreno, quien, tras algunos éxitos iniciales, tuvo que retroceder en los años que siguieron a la muerte de Filipo. Memnón logró así restablecer el poderío persa en todo el noroeste del Asia Menor, salvo dos cabezas de puente en los Dardanelos.

La travesía del Helesponto por las tropas griegas y el desembarco se hicieron sin ninguna novedad. Se nos cuenta que Alejandro, antes de pisar suelo asiático, arrojó una lanza a tierra, queriendo simbolizar la toma de Asia. Llevado de su afán mítico, lo primero que hizo en el continente fue acercarse a Troya, donde realizó un sacrificio solemne a la diosa Palas Atenea y otro de desagravio al rey troyano Priamo —a quien Neoptolemo, el antepasado mítico de Alejandro, había dado muerte— y a los demás dioses homéricos que cayeron frente a Troya. Esta ciudad fue así liberada del dominio persa y organizada democráticamente al modo griego.

Los éxitos militares en Asia Menor

El objetivo inmediato de Alejandro fue liberar las ciudades griegas de Asia del yugo persa. Así, en mayo o junio del 334 a. C. se produjo el primer enfrentamiento con el ejército aqueménida. Alejandro se encontraba junto al río Gránico y, contra todas las reglas de la estrategia, atravesó dificultosamente el río y se lanzó contra la caballería enemiga, muy superior en número, que se encontraba apostada en la cima de la empinada orilla opuesta. La batalla fue decidida sobre todo por la caballería macedónica. En el Gránico murió uno de los yernos de Darío y sufrieron muchas bajas los mercenarios griegos del bando persa. El propio Alejandro estuvo a punto de caer en el combate o no ser por su fiel Clito, que, despreciando el peligro, se lanzó contra el sátrapa Spithridates, quien estaba a punto de rematar al general macedonio. Una vez concluido el combate, Alejandro, agradecido por la victoria, hizo una ofrenda a Atenea. Militarmente, esta batalla supuso un triunfo de la táctica militar macedonia y el reconocimiento de la impotencia de la caballería y los arqueros persas para hacerle frente.



A continuación marchó Alejandro hacia Lidia, ocupando Sardes, la capital de los persas en Occidente. Además, liberó a las ciudades griegas de la Jonia, que, agradecidas, resolvieron la penuria económica en que se hallaba Alejandro. Depuso a aquellos que habían obtenido el poder apoyándose en los persas e instauró regímenes democráticos en las ciudades de la costa. Cayeron Mileto y Halicarnaso, aunque en esta última debió vencerse una tenaz resistencia organizada por Memnón, quien, a la caída dela

ciudad, debe huira Cos con la intención de asumir el mando de la flota persa, intacta aún, y llevar la guerra a las islas del Egeo y, si fuera posible, también a la misma Grecia.

Alejandro que, ante la precariedad económica en que se hallaba al comienzo de las operaciones, había disuelto la flota griega, debió organizar ahora una nueva escuadra para hacer frente al enemigo. Pero no se limitó a esto, sino que su principal intención fue «derrotar a la flota persa desde tierra», privándole de sus bases de aprovisionamiento en la costa.

El rey macedonio licenció a los soldados recién casados para que volvieran a sus casas hasta la primavera y pasó gran parte del invierno del 334-333 a. C. en la ciudad de Gordium, capital de la Frigia, donde tuvo lugar la conocida anécdota del nudo gordiano, que unía el yugo al carro del rey frigio Gordio. Un antiguo oráculo afirmaba que quien lo desatara obtendría el dominio de Asia. Alejandro, para hacerse merecedor a ello, separó yugo y carro mediante un tajo de su espada.



Poco después, y tras restablecer a los oligarcas en Quíos y a los tiranos en Lesbos, con lo que amenazaba directamente a la retaguardia macedonia, murió Memnón a las puertas de Mitilene. Desapareció así uno de los mayores peligros para el macedonio.

Marchó Alejandro a Capadocia y de allí a Cilicia atravesando el Tauro. Debió detenerse aquí no sólo por la resistencia que le opusieron algunas tribus, sino por unas fiebres que le acometieron tras bañarse en las frías aguas del río Cidno.

Habiendo completado la conquista del oeste y el sur del Asia Menor, la situación había vuelto a ser difícil para Alejandro, pues, en el periodo transcurrido desde la batalla del Gránico, Darío había reaccionado y acudió a defender su imperio con un gran ejército, doble o quizá triple del griego. El rey persa esperaba al macedonio en una gran llanura al norte de Siria, pero ante la demora de Alejandro en Cilicia decidió ponerse en marcha. Mientras tanto, Alejandro, desconocedor de los planes de su oponente, había avanzado hacia el Sur, con lo que rebasó al ejército aqueménida. Los persas se encontraban en una mala posición en la estrecha llanura costera de Issos, entre el río Pinaro, el mar y las montañas, con lo que Darío no podría desplegar todas sus tropas. Alejandro se volvió para aprovechar la oportunidad que se le ofrecía.

En el otoño del año 333 a. C., chocaron por primera vez los dos monarcas. El plan de Alejandro era romper frontalmente, mediante una rápida embestida, el centro de la formación enemiga antes que la caballería del ala derecha persa, superior en número, destrozara a la caballería tesalia que resguardaba el ala izquierda griega. Darío se dio a la fuga considerando perdida la batalla en un momento en que el resultado del combate era aún indeciso, pues, aunque Alejandro había abierto una brecha en el flanco izquierdo contrario, la caballería persa había logrado avanzar a costa de los tesalios. Tuvo otra vez aquí la intervención de Alejandro un papel muy destacado en el triunfo. La huida de Darío supuso la desbandada en el campo persa. Cayeron en manos de Alejandro, además de un importante botín, la madre de Darío, su esposa y tres de sus hijas, a las que trató con toda corrección. Sin temor a exageración podemos afirmar que esta batalla cambió la faz del mundo.

En la correspondencia entre los dos reyes que ha llegado hasta nosotros, Darío, vista la nueva situación, trató a Alejandro como a un igual, ofreciéndole la paz en unos términos que le eran muy favorables, pero Alejandro rechazó la firma de este tratado. Seria ésta la primera señal que tenemos de que, sobrepasando las más restringidas intenciones con que se había organizado la cruzada

panhelénica —sólo los espartanos habían rehusado participar—, Alejandro aspiraba a la sumisión absoluta del imperio de Darío.

El sitio de Tiro

Tras la batalla de Issos, Alejandro no persiguió a Darío, sino que marchando hacia el Sur continuó con el plan prefijado y sistemático de ocupar las costas mediterráneas del Imperio persa. Fundó la primera Alejandría asiática junto a la actual Iskenderun, en el mismo golfo de Issos. Se apoderó de Rodas y Chipre. Damasco fue ocupada por el general macedonio Parmenio. Biblos se rindió. Sidón, maltratada duramente por Artajerjes Oco, el anterior soberano persa, se pasó de buena gana al partido de Alejandro.

La gran metrópoli de Tiro, agradecida a los persas, se opuso en el 332 a. C. a Alejandro, negándose a que entrara en el santuario del dios Melgart. El sitio de la ciudad, a la que protegían tanto su situación insular como sus sólidas fortificaciones, duró siete meses y se halla descrito en Diodoro. Debió construirse, con grandes esfuerzos y gran dispendio económico una calzada de 60 metros de largo entre la isla y tierra firme aprovechando la poca profundidad de las aguas marinas. Este acceso se ha ido ensanchando por las deposiciones marinas, y en la actualidad forma un ancho istmo que convierte a la isla en una península. También, con los navíos de las demás ciudades, se bloquearon los dos puertos de la isla para evitar todo socorro marítimo.

Los tirios, siguiendo la tradición asiria, improvisaron una gran cantidad de máquinas de defensa que los ingenieros de Alejandro imitaron y perfeccionaron en posteriores asedios. Para poder vencer la resistencia de los sitiados fue necesaria la intervención personal de Alejandro, quien se lanzó al asalto al frente de sus tropas. Diodoro nos dice sobre la etapa final del asedio:

> *Apoyó* —Alejandro— *sobre el muro de la ciudadela el puente voladizo de una de las torres de madera, lo atravesó solo desafiando a la fortuna y a los tirios; ordenó a los macedonios que le siguieran, se puso a su frente y llegó hasta el cuerpo a cuerpo*

con los asediados, matando a unos a lanzadas y a otros con su espada. Rechazó incluso a algunos con su escudo y redujo la audacia de sus adversarios. Mientras, se derruyó en otro punto un trozo de muro considerable. Los macedonios, entonces, penetraron por la brecha hasta el interior de la ciudad; simultáneamente, la tropa de Alejandro superaba las murallas, haciéndose dueña de la plaza. Pero los tirios, reuniendo todas sus fuerzas, se parapetaban en todas las calles, por lo que casi se hicieron matar uno a uno hasta siete mil. El rey vendió a mujeres y niños en subasta e hizo aprisionar a todos los jóvenes, en número de unos dos mil. En cuanto a los prisioneros, eran tan numerosos que, a pesar de que la mayoría de los habitantes hablan sido trasladados a Cartago, superaban los trece mil.

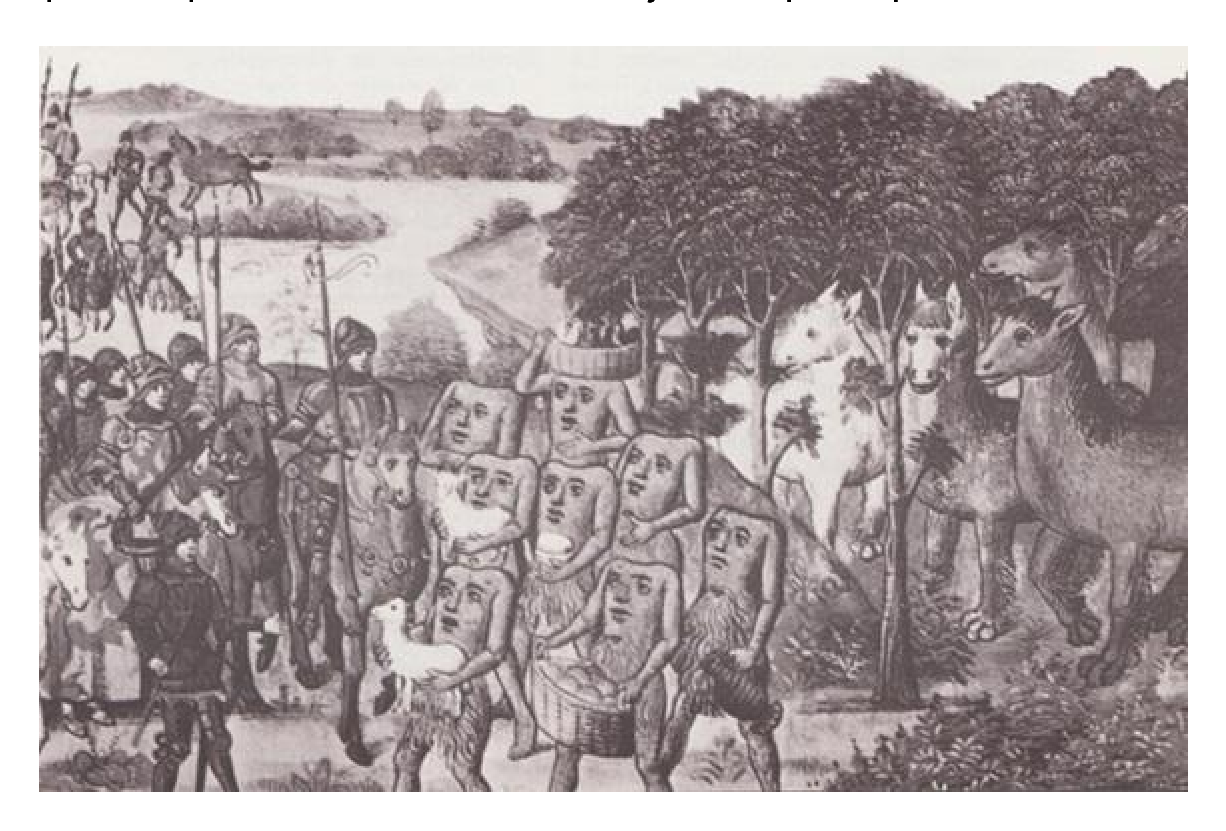
La captura de Tiro representó uno de los mayores éxitos militares de Alejandro y con ello el Imperio persa dejó de tener poder en el Mediterráneo.

Durante el asedio, Darío había vuelto a hacer nuevas proposiciones de paz a Alejandro, en las que le cedía la mitad oeste del Imperio con limite en el Eúfrates. Darío hizo este ofrecimiento tanto por el deseo de recuperar a su familia como por la comprensión de la imposibilidad de abarcar tan vastos territorios, sobre los que la dominación persa iba siendo cada vez más débil. Suponía un tentador ofrecimiento, pues el dominio sobre el Mediterráneo oriental y sus países ribereños darla lugar a un imperio cuya homogeneidad cultural —la civilización griega había penetrado desde mucho antes en estos países— y las similares condiciones físicas le permitían una larga duración. Ante la decisión a tomar chocaron Parmenio, a quien como griego aterraba la lejanía y el infinito, y Alejandro, deseoso de mayores glorias, que finalmente rechazó la proposición pretendiendo la sumisión sin condiciones del adversario. Esto hizo todo compromiso inviable y la lucha hubo de continuar.

El sueño de la realeza faraónica

Conquistada Tiro, Alejandro en vez de marchar directamente contra el corazón del Imperio persa continuó hacia el Sur con la intención de anexionarse Egipto. Desde el estricto punto de vista

militar esta expedición resulta innecesaria, pero había otros aspectos que interesaban más a Alejandro que lo puramente militar.



El Ejército macedonio recibido por una tribu asiática en su avance hacia la India (miniatura del siglo xv del manuscrito Historia del Gran Alejandro*. Petit Palais, París).*

Ocupó Gaza y en el año 332 a. C. llegó a Egipto, donde la capital, Menfis, y su tesoro cayeron en sus manos. Tras la despiadada reincorporación al Imperio persa por Artajerjes Oco, el país ve en Alejandro, que se presenta como favorecedor de la religión y las sagradas tradiciones del Egipto milenario, un libertador.

Tiene una gran importancia histórica la fundación de una ciudad que llevará su nombre al oeste del Delta, lugar de la homérica isla de Faro, y que tendría por misión llenar el hueco que había dejado la destrucción de Tiro. Su inmejorable posición hizo que Alejandría llegara a ser una gran plaza portuaria, a través de la cual entró Egipto más intensamente en la corriente del comercio mundial.

En los meses siguientes tuvo lugar la famosa visita de Alejandro al templo del dios Amón en el oasis de Siwa, en pleno desierto

líbico. La leyenda afirmaba que dos personajes míticos, Hércules y Perseo, considerados por Alejandro como verdaderos antepasados suyos, habían efectuado este peligroso viaje que ahora Alejandro quiso repetir continuando la tradición. Allí obtuvo el convencimiento de ser verdaderamente hijo de Amón; esto puso a Alejandro muy por encima de su mero origen étnico macedonio e hizo que su misma obra estuviese aureolada de ese carácter divino.

Vuelto a Menfis en el año 331 a. C., Alejandro se presentó como sucesor de los faraones reorganizando el país. Sentó así las bases de lo que llegaría a ser el Egipto helenístico.

El derrumbamiento del Estado iranio

En la primavera del 331 a. C., cuando Alejandro se decidió a marchar de nuevo contra el ejército persa, ya habían pasado casi dos años desde la batalla de Issos, con lo que, mientras tanto, le había dado tiempo a Darío para reunir un gran ejército concentrándolo en Babilonia. Fue Darío el que escogió cuidadosamente el terreno sobre el que habría de lucharse, allanando la amplia meseta de Gaugamela —Tell Gomel, a unos 35 kilómetros al noroeste de Mosul—, cerca de Arbelas. El ejército persa estaba dispuesto en dos frentes. La caballería, situada en los dos flancos, tenía la misión de rodear al enemigo. El propio rey se situaba de nuevo en el centro de sus tropas.

Alejandro, una vez atravesados el Eúfrates y el Tigris sin encontrar resistencia, volvió a repetir el esquema de Issos: el centro estaba ocupado por el grueso de la infantería, la caballería tesalia ocupaba el flanco izquierdo y él, con sus compañeros a caballo, se situaba en el lado derecho.

Sabemos que el combate se celebró exactamente el día primero de octubre del año 331 a. C., por la mención que nos hacen las fuentes de que once días antes tuvo lugar un eclipse lunar. Entablado el combate fue muy fuerte la acometida de la caballería persa; sin embargo, los carros y elefantes de Darío no lograron nada

decisivo. Alejandro, al frente de la caballería, acometió con gran Ímpetu por un hueco que habían dejado al descubierto los movimientos del ala izquierda persa. El rey aqueménida volvió a perder la serenidad y optó por la huida. Parmenio estaba en apuros ante el empuje de la caballería persa; a esto se debió el que Alejandro tuviera que acudir en su ayuda y dejar escapar a Darío. La batalla terminó de forma victoriosa para los griegos. Darío, de ser rey de un vasto imperio, a partir de ahora pasó a ser un mero fugitivo, yéndose a refugiar en Ecbatana.

Alejandro optó por marchar contra los centros vitales del Imperio aqueménida. Babilonia y Susa caen en sus manos. El rey macedonio las respeta, presentándose como heredero de Darío y protector de la religión y tradiciones indígenas. Con Persépolis, residencia de los reyes aqueménidas, se comportó de manera diferente, sequeando la ciudad en la que se apoderó de un botín de 180.000 talentos; no contento con esto, incendió también el palacio real. Según Flavio Arriano fue éste el hecho simbólico con el que concluyó la guerra de venganza contra los persas, venganza que Alejandro había proclamado solemnemente en Corinto antes de iniciar la expedición.

En mayo del 330 a. C. Darío abandonó Ecbatana al enterarse de que era perseguido. Alejandro, dejando una fuerte guarnición al mando de Parmenio en esta ciudad, siguió rápidamente al rey persa que había sido retenido por Besso, sátrapa de la Bactria, quien, finalmente, le dio muerte para que no cayera en manos de los macedonios, que estaban a punto de darle alcance. Plutarco nos relata que Alejandro sintió profundamente esta muerte. Dispuso que el rey recibiera los honores fúnebres debidos a su rango y que reposara en el panteón real de Pasargada.

Con la muerte de Darío, momento decisivo en la vida de Alejandro, se convierte éste en heredero del imperio que fundara Ciro, asumiendo el título de Gran Rey y tratando toda ulterior resistencia como rebelión al poder legal.

Marcha hacia la India

Desde los comienzos se nota en Alejandro la voluntad de someter toda Asia, aunque debió luchar siempre con fuerzas remisas a estos proyectos. La realeza macedónica, basada en el espíritu de fidelidad al jefe, se encontraba ahora yuxtapuesta, en la figura de Alejandro, a la idea imperial del Gran Rey, de inspiración irania. Quiso dominar este imperio como había dominado a los griegos o a los pueblos helenizados de más al Occidente, y en esto se equivocó.

Alejandro debió modificar la estructura de su ejército para adaptarse a las nuevas circunstancias, utilizando formaciones más flexibles e incluyendo a iranios en sus filas. A medida que, de esta manera, adversarios de la víspera se fueron convirtiendo en camaradas, la actitud de Alejandro debió evolucionar también. La posición de dominador «de facto», en que se había convertido tras la victoria sobre el Imperio persa, debió transformarse en una dominación «ex iure» de sus súbditos iranios.

Vida de Alejandro Magno

356 a. C. Nace Alejandro, hijo del rey Filipo de Macedonia y de la princesa epirota Olimpia. Su educación será encomendada a Leónidas y posteriormente a Aristóteles.

340 a. C. Su padre le encomienda el gobierno del reino durante el asedio de Bizancio; tiene 16 años.

338 a. C. Destacada intervención militar en la batalla de Queronea.

334 a. C. Junto con cuarenta mil hombres, Alejandro cruza el Helesponto, derrota a los sátrapas en el río Granico y libera Sardes y las ciudades griegas de Asia.

333 a. C. Tras atravesar Licia y Panfilia, llega a Frigia, en cuya capital, Gordión, procede a cortar el célebre nudo gordiano. Victoria absoluta en Iso sobre el ejército persa de Darío III Codomano.

332 a. C. Ocupación de Tiro y Gaza y penetración inmediata en el corazón de Egipto. Nueva victoria sobre Darío III en Mesopatamia. Fundación de la Ciudad de Alejandría en el delta del Nilo.

331 a. C. Alejandro ocupa las ciudades de Babilonia, Susa, Persépolis, Pasargadai y Ecbatana.

330 a. C. Tras el asesinato de Darío, Alejandro se proclama su heredero.

327 a. C. Pacificación de varias regiones que se oponían a su dominio. Alianza política mediante el matrimonio de Alejandro con la bactriana Roxana. Inicio de su penetración sobre la India.

326 a. C. Llegada a la frontera oriental del Punjab, máximo punto de expansión del macedonio.

325 a. C. Marcha hacia Occidente y sofocación de todas las acciones dirigidas en su contra.

324 a. C. Alejandro, en la ciudad de Susa, considera oficialmente concluida su expedición sobre Asia.

323 a. C. Muere en Babilonia tras breve enfermedad el día 13 de junio. Contaba treinta y dos años de edad.

Ciertamente no debía ilusionarse sobre la acogida que sus intenciones causarían entre los griegos; así procedió muy prudentemente, llevando a cabo las innovaciones por etapas. A pesar de esto, no pudo evitar que, durante su permanencia en Dangriana, se produjera una conjura contra su vida a cargo de algunos macedonios. Filotas, hijo de Parmenio, fue condenado a muerte, pena que, incomprensiblemente para nosotros, se hizo extensible a su padre.

Las luchas que debió sostener en la alta meseta irania fueron las más duras que los griegos protagonizaron en toda Asia. Se enfrentaron aquí con pueblos que luchaban hasta la muerte imbuidos por el fanatismo religioso. Alejandro, en el invierno del 330-329 a. C., recorrió las montañas del actual Afganistán. En la primavera realizó la gran hazaña, no superada en la Antigüedad ni aún por la expedición de Anibal, de atravesar el Hindu-Kush, que tiene alturas de más de 7.000 metros. Se apoderó en una emboscada del regicida Besso, que recibió una muerte muy cruel, según la costumbre persa. Todavía continuaba la crisis en las relaciones con sus compatriotas; así, él mismo, en un banquete, y

por un motivo fútil, mató a su amigo Clito, el que le salvara la vida en el Gránico. A poco, el historiador Calistenes, sobrino de Aristóteles, es condenado a muerte por no querer postrarse ante Alejandro.

Pacificado el Nordeste puso el limite extremo de su imperio en el río Yaxartes, sellando la paz con las poblaciones de esta zona mediante su matrimonio con la princesa bactriana Roxana en el año 327 a. C.

En el verano de ese mismo año inició el avance hacia la India, tierra totalmente desconocida por los griegos y de la que se tenía una idea oscura y fantástica. En el afán de redondear sus conquistas, Alejandro no podía dejar de lado a la India, teniendo también en cuenta que creía firmemente que el Océano Oriental se encontraba muy próximo. Efectivamente, los conocimientos geográficos eran tan escasos que, al llegar al río Acesines, uno de los afluentes del Indo, Alejandro creyó, al ver cocodrilos en sus orillas, que se encontraba en las fuentes del Nilo.

Tuvieron lugar en el norte de la India múltiples y duros combates contra las belicosas tribus montañesas. Habiendo atravesado Alejandro el río Indo, el más poderoso príncipe de esa región, Taxiles, se reconoce vasallo del rey macedonio, e igualmente lo hacen así otros reyezuelos, con la excepción de Poro, cuyos dominios se extendían al este del río Hidaspes, y que debe ser sometido por la fuerza.

En el verano del año 326 a. C. llegaron los griegos a la frontera este del Punjab, señalada por el río Hifasis. Los soldados macedonios, extenuados, se negaron rotundamente a continuar más allá. Por primera y única vez, Alejandro debió doblegarse ante la postura irreductible de sus tropas, y tuvo que emprender el regreso al Occidente, no sin antes levantar doce gigantescos altares en forma de torre en el punto más oriental al que habían llegado.

La utopía de Alejandro

El regreso, viaje de descubrimientos como también lo había sido la expedición a la India, no seria una expedición conjunta de todas las tropas, sino que se dividió al ejército en dos cuerpos, cada uno con un plan diferente de viaje. Nearco capitanearía una flota que, costeando por aguas desconocidas, se dirigiría hacia las costas de Mesopotamia. El grueso del ejército, al mando del propio Alejandro, seguiría una ruta terrestre atravesando el peligroso desierto de Gedrosia. Llegó Alejandro a Pattala, en el delta del Indo, y, desde allí, en agosto del 325 a. C., partió para el Occidente, aplastando en el camino a todas las tribus belicosas. La travesía del desierto, un abrasador mar de arena, fue terrible. Las esperadas lluvias no se produjeron y, para colmo de males, los guías de la expedición se extraviaron. La mortandad fue elevadísima; se ha calculado que perdieron la vida unos 90.000 hombres en los setenta días que duró esta marcha.

Por fin, el resto del ejército llegó a Pura, donde encontraron los soldados un merecido descanso. Atravesaron luego Carmania, donde comenzaron las depuraciones sobre los gobernadores que hablan empleado sus amplias prerrogativas para usos personales.

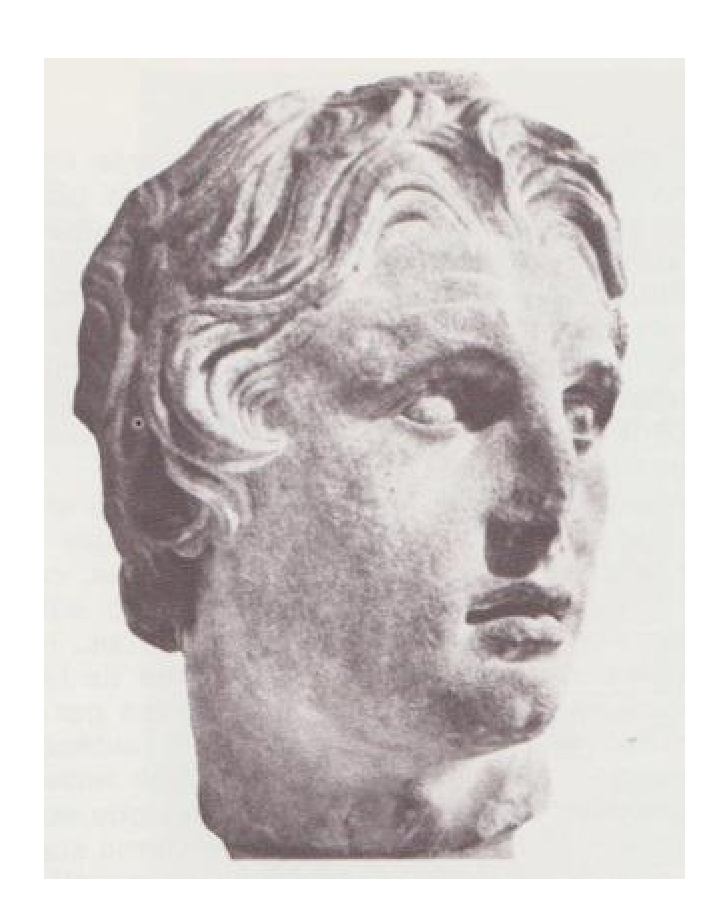
Mientras tanto, Nearco, aprovechando los monzones del otoño, zarpó desde el Indo con su flota y, tras un viaje sin excesivos contratiempos, se encontró con Alejandro en Carmania, volviendo a reembarcarse hacia la desembocadura del Eúfrates.

Alejandro fue de Persépolis a Susa y allí, en la primavera del 324 a. C., organizó unas grandes fiestas que dieron fin oficialmente a su expedición. En el transcurso de ellas, el mismo Alejandro, sin separarse de Roxana, se casó con Estatira, hija de Darío III, y con Parisatis, la hija menor de Artajerjes III Oco. Asimismo, casó a 80 generales y a 10.000 soldados con otras tantas mujeres persas. Quería así lograr la fusión de las dos razas, griega y persa.

Cuando iba de camino hacia Ecbatana para pasar el verano, tuvo lugar la revuelta de Opis. En esta ciudad, situada en el curso medio del Tigris, el rey comunicó a los macedonios la decisión de licenciarlos, lo que causó un efecto contrario al esperado: los

macedonios, resentidos, se creyeron desplazados por los persas. Alejandro sofocó la revuelta y los ánimos se calmaron. No obstante, esta orientalización que le achacaron sus compatriotas era sólo superficial, pues en ningún momento repudió el Helenismo, y sólo se limitó a reformar y adaptar a las nuevas condiciones que se habían presentado unas formas políticas ya caducas. Alejandro no quiso tratar a los griegos como jefe y caudillo militar y, sin embargo, a los persas como dueño. Creyó de buena fe que él era un enviado de dios y que su misión era conciliar todo el Universo organizándolo como una unidad, para lo que aspiraba no sólo a la fusión en la administración y en el ejército, sino también a una fusión entre los pueblos por medio de la colonización y los matrimonios mixtos.

Descendió Alejandro por Mesopotamia y en Babilonia, a la que quería organizar como capital del Oriente, se dedicó a organizar fastuosos planes que rebasaban todo lo humano y razonable. Allí contrajo una enfermedad, probablemente paludismo, de la que murió a los siete días, el 13 de junio del 323 a. C., contando treinta y dos años de edad.



Alejandro Magno (Museo Arqueológico de Estambul).

Las transformaciones del mundo helenístico

Contactos e interinfluencias entre Oriente y Occidente

Por Juan Francisco Rodríguez Neila

Profesor de Historia Antigua. Universidad de Córdoba

LA inesperada muerte de Alejandro abrió varios interrogantes: el problema sucesorio, el control sobre los países sometidos, la ejecución de algunos proyectos del gran Macedonio, etc. Por lo pronto, la familia real no se extinguía, al vivir Arrideo, un hermanastro del Magno, y estar Roxana encinta. Sin embargo, era incuestionable que los miembros del Estado Mayor, con Pérdicas al frente, preferían al eventual heredero directo, mientras que la mayoría de los macedonios se inclinaba por Arrideo, carente de sangre irania. Pronto quienes habían sido compañeros de Alejandro se distribuyeron los principales cargos, quedando Antipatros como estratega de las posesiones europeas de Macedonia, Pérdicas como «chiliarca» con poder sobre los sátrapas y Cráteros como representante de la Casa Real. En cuanto a las satrapias fue Ptolomeo quien activó el reparto, buscando reservarse Egipto. En Asia Menor se instalaron Antigonos y Eumenes, dejándose Tracia a Lisímaco, y las otras circunscripciones a personajes de segunda fila. Todos eran macedonios, pues la desaparición de Alejandro eliminó rápidamente a los persas de los puestos rectores de la Administración.

Como era de esperar, ante tales ambiciones y rivalidades latentes, la idea unitaria sostenida por Alejandro entró en conflicto con las tendencias particularistas. Pronto surgieron en Irán focos de agitación antimacedonia, y en el caso de Grecia conocemos por Diodoro (XVIII, 9, 18) el descontento provocado en Etolia y Atenas por un decreto que ordenaba el retorno de los desterrados. Las tensiones suscitaron un movimiento de resistencia, plasmado en una confederación de pueblos y ciudades autónomas que sustituyó a la Liga Corinto.

La situación posterior evolucionó en torno a Pérdicas, depositario de la idea unitaria alejandrina, y su aliado Eumenes. En el año 321 los adversarios de ambos se reunieron en Triparadisos (Siria) para estudiar la situación. Se ofreció la regencia a Antipatros, fiel a la dinastía macedonia, quien se convirtió en «epimeletes» de los dos reyes, pues tanto Arrideo como Alejandro IV habían quedado en calidad de tales. Los acuerdos tomados entonces originaron la fragmentación de las posesiones asiáticas, al redistribuirse las satrapias orientales en beneficio de Antígonos y Seleucos. En realidad fue en Triparadisos donde toda la obra y pensamiento del hijo de Filipo comenzaron a extinguirse.

Muy pronto, y tras diversas alternativas que complican la evolución política de aquellos años, nuevas rivalidades se suscitaron entre los Diadocos. En los acuerdos adoptados en Triparadisos no se había previsto que Antigonos acabara adueñándose de todo el Asia desde Anatolia al Irán; y menos aún que, tras nombrar algunos sátrapas, obligara a Seleuco a dejar Babilonia. Además, Antigonos dio en el 315 una conformación político-jurídica a sus proyectos, al conseguir que la asamblea de su ejército condenase a Casandro (tutor entonces de Alejandro IV) y le nombrase «epimeletes» del rey. Asimismo, para desestabilizar el marco político griego, reconoció la libertad y autonomía de sus ciudades, con lo que suscitó un problema que seria cada vez más candente: cómo integrar las

formas políticas griegas del pasado en las nuevas monarquías que se estaban gestando.

La tensión producida por dichas iniciativas quedó frenada momentáneamente por un nuevo acuerdo firmado en el 311, en el que se buscaba regular la gestión de la herencia de Alejandro, pues se reconoció la legitimidad de su sucesor. También se incluía una cláusula de reafirmación de la autonomía de las ciudades griegas, en la línea de la anterior proclamación de Antigonos. Pero al ser asesinados Alejandro IV y su madre en el 310, se abrió un periodo incierto de luchas y ambiciones.

En realidad, con un reconocimiento ficticio de la herencia de Alejandro Magno en el compromiso del 311, con un imperio repartido ya varias veces, con el dominio de los generales asentados sobre los diferentes territorios, con la idea unitaria olvidada, cuando no menospreciada, sólo les quedaba a los contendientes proclamarse reyes. Así lo hizo Antigonos en el 306, al ser reconocido *basileus* por aclamación, según el tradicional uso macedonio, asociando a su hijo al poder para crear una dinastía. En los meses restantes, los demás asumieron igualmente el titulo real. Estas iniciativas consolidaron de derecho (de hecho lo estaban ya desde Triparadisos) las incipientes realezas helenisticas.

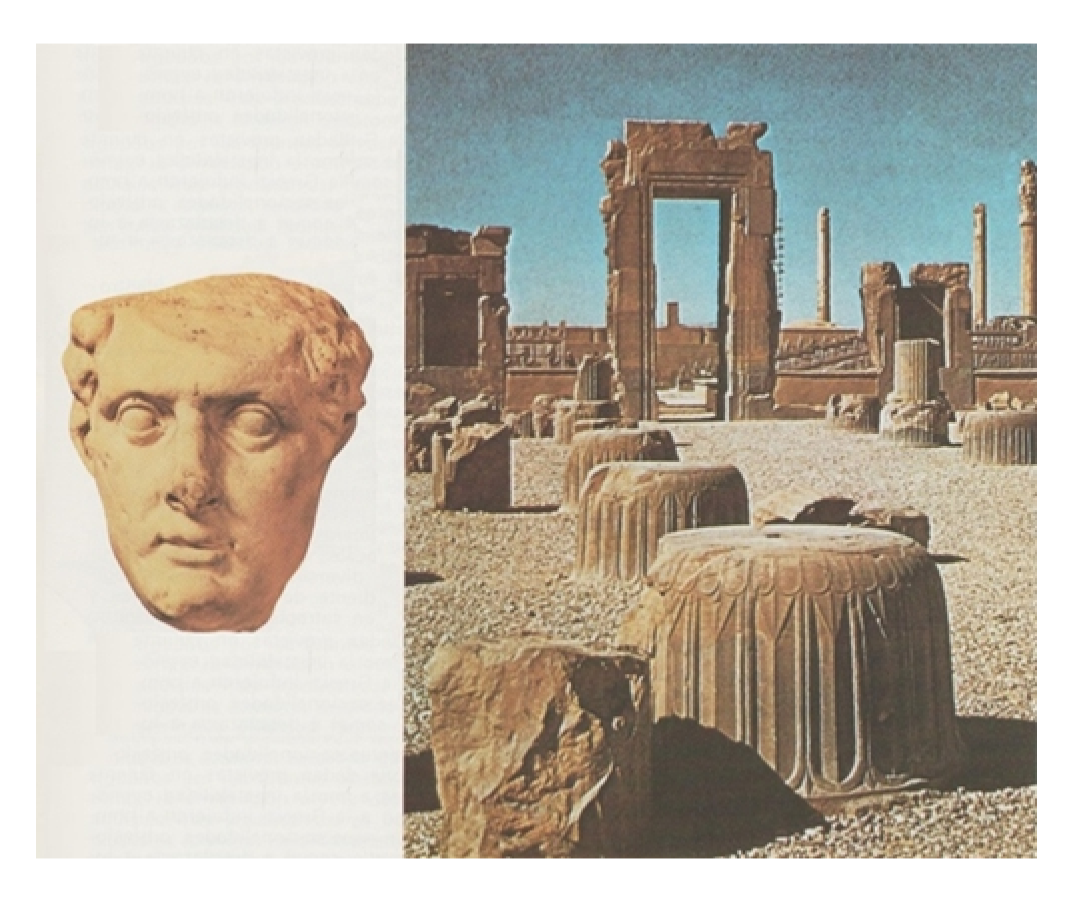
La decadencia de la ciudad-Estado y el nuevo orden político

Durante el siglo III a. C. las comunidades griegas se fueron transformando de ciudades-Estado libres en entidades más o menos autónomas dentro de estructuras políticas diversas. Así, se dieron formas de Estado monárquicas de nuevo cuño, como las de los Ptolomeos en Egipto y los Seleúcidas en Asia. En la propia Grecia el abanico fue muy complejo, abarcando tanto a reinos de época antigua (Macedonia) como a ciudades regidas por distintos estatutos o integradas en el seno de ligas. El resultado de dicha evolución

marcó la transición desde las ciudades-Estado griegas de condición libre a las municipalidades del Imperio romano.

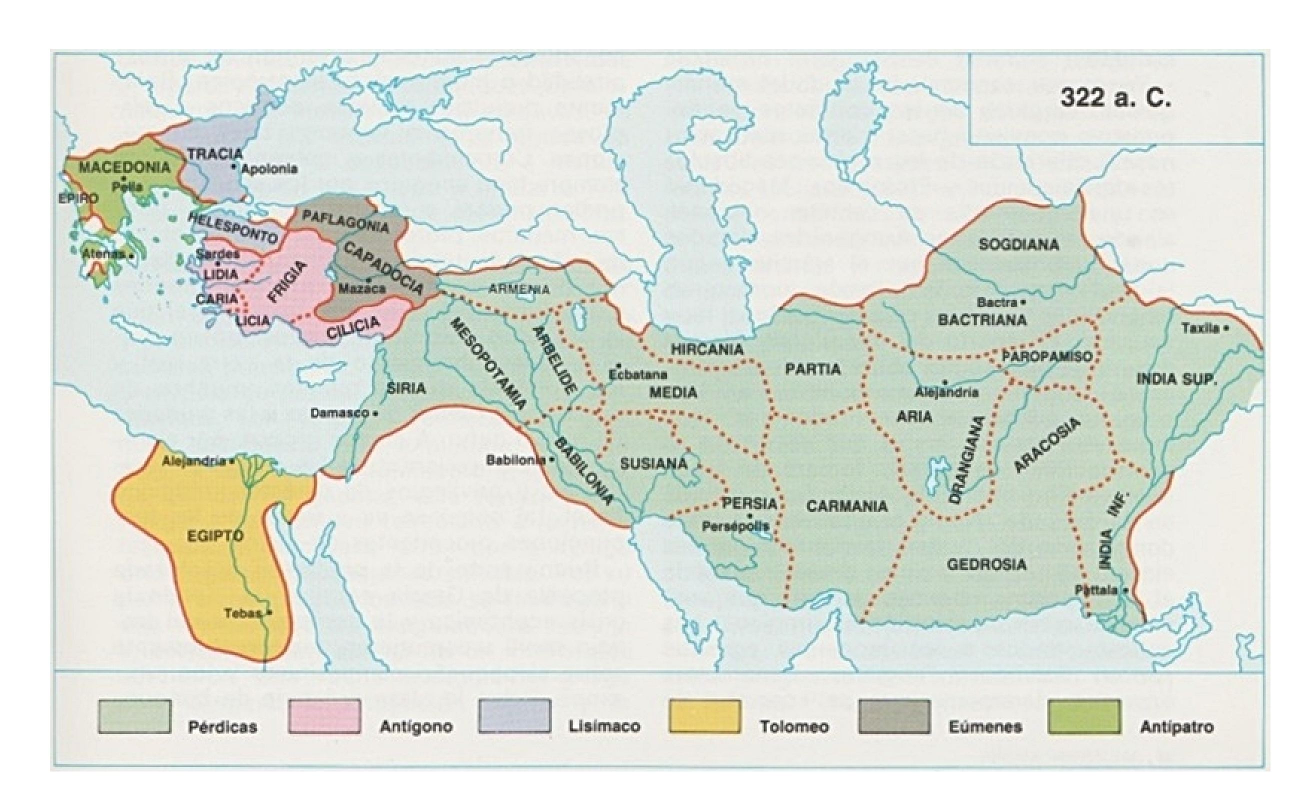
Ya Alejandro atentó contra la libertad de las comunidades helenas al tratarlas como simples aliadas, considerándolas luego Antigonos como súbditas, linea seguida por otros Diadocos. Hechos como la posterior restauración de la libertad entre las ciudades de Jonia por obra de Antioco II significaron un auténtico acontecimiento, ilustrativo de la nueva situación. Pero las comunidades que establecían una libre alianza con una forma superior de Estado sólo disponían de iniciativa en su régimen interno, pues su política exterior debía seguir siempre los dictados del más poderoso.

No obstante, la decadencia de la ciudad-Estado libre no sólo se precipitó por la propia evolución del marco político, económico y social que las englobaba, sino también por las mismas alternativas institucionales internas. En principio, una localidad griega autónoma (dentro de una liga o reino) seguía rigiéndose por una asamblea, un consejo y unos magistrados, esquemas básicos heredados de antaño. Pero en el siglo III a. C., oligarquía y democracia habían perecido como ideas políticas, y las tensiones suscitadas en muchos lugares entre partidarios de la integración monárquica y defensores de la independencia revelan una aguda oposición social entre los más favorecidos económicamente y las clases más pobres y cada vez más alejadas de la participación política. A nivel de instituciones locales, la asamblea primaria, una herencia de la etapa democrática, fue sustituida por un consejo de representantes (*synedrion*), que actuaba a través de unos magistrados, entre quienes destacaban el que cuidaba del suministro de grano (*agoranomos*) y el que se ocupaba de la educación (*gimnasiarcos*). En muchas ocasiones llegaron a estallar disputas sociales, bien por motivaciones políticas o económicas, e incluso, paradójicamente, en estados reacios de siempre a formas unipersonales de gobierno, tal es el caso de Esparta; se buscaron nuevas fórmulas de equilibrio interno a través de regímenes tiránicos.



Ptolomeo I Soter (Museo Arqueológico, Copenhague).
Ruinas del palacio de Persépolis (Persia).

Una medida política muy usada por los reyes macedonios fue el sinecismo o fusión de varias comunidades. Casi todos los países del norte de Grecia estaban organizados según formas tradicionales de comuna cantonal en torno a un centro religioso. Además, el auge de las grandes monarquías motivó, por contraposición, la extensión del principio federal que alumbró varias ligas. La Liga Etolia nació a partir de una serie de distritos rurales alrededor del templo de Apolo en Termo, correspondiendo el poder a la asamblea que englobaba a todo etolio libre, siendo el brazo ejecutor un general elegido anualmente. Pero en el seno de la Liga cada localidad tenía autonomía y ciudadanía propias. Por su parte, la Liga Aquea la formaron inicialmente doce ciudades, que mantenían sus instituciones internas, pero reconocían ciertos dispositivos generales: decisiones en política exterior, ejército, impuestos, etc.



El reparto del imperio tras las muerte de Alejandro Magno.

Sin embargo, por encima de todo este abigarrado mosaico político, las ciudades del mundo helenístico se afanaron por acercarse entre sí. Eran frecuentes las concesiones honorificas de la ciudadanía, y para activar las relaciones comerciales se otorgaron exenciones de los derechos de importación y exportación. Por encima de los numerosos conflictos hubo una verdadera obsesión por la paz, multiplicándose todo tipo de iniciativas en pro de la estabilidad general: arbitrajes, neutralidad para ciertas ciudades y templos, embajadas, etc. Incluso algunos factores culturales abrieron decisivamente ciudades y Estados a un horizonte de convivencia y entendimiento. Así, se usó con profusión el dialecto ático, transformado en lenguaje común. En el orden jurídico se regularizaron los decretos dentro de esquemas homogéneos y se enviaron comisiones para decidir en pleitos de otras localidades en un latente deseo de imparcialidad.

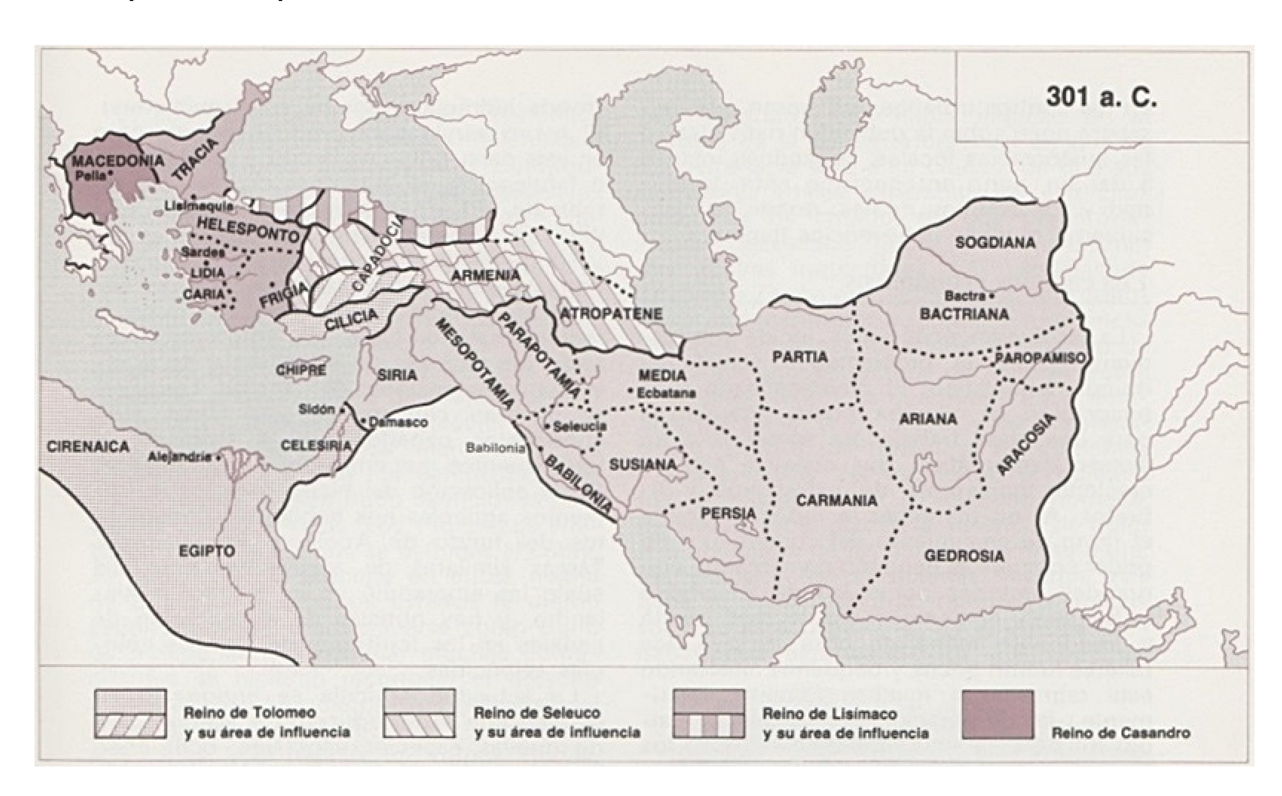
Por lo que respecta a las ciudades monárquicas, surgidas de los conflictos ya expuestos, conviene hacer ciertas matizaciones. A diferencia de los regímenes absolutos de Seleúcidas y Ptolomeos,

Macedonia es una monarquía de carácter nacional, siendo los soberanos Antigónidas elegidos constitucionalmente por el ejército según la tradición. Pero las demás monarquías helenísticas tienen un carácter personal muy acusado. El reparto del imperio de Alejandro no se hizo según consideraciones étnicas o geográficas, y para gobernar en Asia o Egipto, pueblos acostumbrados a la ideología monárquica, hubo que recurrir a la divinización del soberano, fomentada desde la adoración oficial de Alejandro instituida en el país del Nilo por Ptolomeo I. Esta concepción del poder, favorecida por las clases más cultas y ricas, debió ir paralela al escepticismo religioso general, que provocó la crisis de los dioses olímpicos, Los epítetos dados a los monarcas egipcios (*Soter*: Salvador; *Evergetes*: Benefactor) expresan claramente qué se esperaba de ellos, el servicio a los súbditos, la filantropía. Es esta actitud pragmática ante el poder la que inspiró cierta canción popular en la que los atenienses solicitaban el auxilio de Demetrio de Macedonia contra Etolia: *Los otros dioses o no están o están lejos, ya sea porque no oyen o no prestan atención; pero tú estás aquí y podemos verte no en piedra o madera, sino de verdad*.

Sin embargo, el gobierno de los Seleúcidas no se distinguió precisamente por su liberalidad, y menos aún el de los Ptolomeos. Los primeros conservaron el uso de las lenguas locales en ciertos actos administrativos, la diversidad de leyes, el régimen independiente de muchos templos y la estructura en satrapías. Pero impusieron una forzada uniformidad a través de la administración civil y militar. Respecto a Egipto, ya Ptolomeo I reclamó la propiedad de todo el suelo egipcio, tanto los dominios reales como los feudales y religiosos, introduciendo un rígido control interno que sometió a los autóctonos al arbitrio del grupo dominante grecomacedonio.

Uno de los fenómenos sociales más decisivos que provocó la apertura del horizonte geográfico durante el Helenismo fue la movilidad de la población griega. Las ingentes posibilidades previstas en Oriente y Egipto, así como la inestabilidad económica de la propia Grecia, indujeron a hombres de diferentes

nacionalidades, profesiones y categoría social a desplazarse a lugares distintos a los de su origen. El «extranjero» llegó a ser un tipo social característico en un mundo en el que se derrumbaban los particularismos y lo aceptaba por intereses materiales, sentido de la hospitalidad o mero espíritu filantrópico. Raramente prejuicios raciales, políticos o religiosos frenaron o limitaron tales emigraciones. Comerciantes o mercenarios fueron siempre bien acogidos por los servicios que podían prestar, e incluso los actores, poetas, médicos, profesores, etc., fueron objeto de ciertas distinciones. Otros se desplazaron como colonos para explotar grandes extensiones del reino seleúcida, en el que la actividad colonizadora ocasionó un amplio desmembramiento de la tierra real y los dominios de los templos, muchos de cuyos lotes fueron asignados a las ciudades de nuevo cuño. A ciertos grupos, por ejemplo, los comerciantes, se les otorgaron facilidades y privilegios de carácter jurídico o fiscal, tal como se ve a través de las inscripciones procedentes de Delos.



Buena parte de la población desplazada procedía de Grecia continental, donde la crisis económica y la competencia del trabajo servil repercutieron desfavorablemente sobre el pequeño campesinado y los artesanos. Salvo la clase próspera de banqueros o propietarios de esclavos, bien atestiguados por las fuentes epigráficas o literarias, la emigración afectó a los sectores sociales más productivos. Si bien algunas ciudades tomaron medidas que compensasen tales pérdidas (admisión de extranjeros como ciudadanos), la despoblación se hizo sentir en el país. Las adversas perspectivas económicas originaron frecuentes agitaciones, cuyas principales reivindicaciones apuntaban a la abolición de deudas y reparto de tierras, recurriéndose ocasionalmente a la movilización de esclavos. La crisis social fue especialmente aguda en Esparta, donde la despoblación, a mediados del siglo III a. C., llegó a limitar a 700 el cupo de ciudadanos de pleno derecho.

Evolución social de los reinos helenísticos

En Egipto, el elemento grecomacedonio y la población autóctona fueron los grupos sociales principales, aunque se constata la presencia de persas, fenicios, sirios, judíos, etcétera. Los egipcios formaban la gran masa campesina que explotaba el suelo para la aristocracia dominante y la dinastía Lágida. En general, este fondo étnico indígena se mantuvo refractario a la helénización, y proclive a rehuir por la huelga o la fuga las obligaciones sufridas. Por su parte, a los griegos los unía su fidelidad a una realeza que les aseguraba su fortuna y preeminencia. Los primeros Ptolomeos suscitaron una fuerte inmigración griega para asegurar la ocupación militar y la administración del país, acogida en buena parte por los centros de Naucratis, Alejandría y Ptolemais, dándose a los colonos tierras para explotar. Esta población advenediza conservó su cohesión interna, bien potenciando su herencia cultural, como lo señalan los libros, ejercicios escolares y fragmentos de autores clásicos allí aparecidos, o creando asociaciones de tipo religioso o social en las

que, no obstante, acabaron integrándose muchos indígenas y a través de las cuales los cultos nativos influyeron en los griegos de Egipto. También tuvieron su importancia en el espectro social las comunidades judías, citadas en fuentes bíblicas y papiros, que gozaban de plena libertad de expresión, religión y comercio, sirviendo sus miembros como soldados, artistas y comerciantes. Se conoce de modo especial el núcleo de Alejandría, que poseía órganos judiciales y administrativos propios.

Respecto al Estado seleúcida, los griegos se organizaron en colonias y comunidades con cierta autonomía, con el fin de evitar su absorción por la mayoría de población indígena. Dentro del cuerpo político que conformaban, su cohesión nacional se basó en el mantenimiento de una educación helénica, en el fomento de su cultura original, como se muestra en los hallazgos de Doura-Europos, y en el reconocimiento oficial de sus leyes y usos jurídicos propios. Como militares, administradores o comerciantes, estos griegos tuvieron oportunidad de hacer fortuna. Pero, al asentarse esencialmente en los centros urbanos, influyeron culturalmente poco sobre la población nativa, salvo las aristocracias locales, llegándose incluso a dar un cierto antagonismo entre la ciudad y los ámbitos rurales, donde se conservaron muchas pervivencias iranias.

Los cambios económicos

La evolución económica incide directamente sobre la problemática social del mundo helenístico. El mercenariazgo y la emigración se plantea como alternativas para una clase trabajadora sometida a un exceso demográfico, que coexiste con un creciente porcentaje de extranjeros y libertos. Al no mantener la industria griega el ritmo de crecimiento del comercio, y no poder competir el pequeño comerciante con grandes factorías como las de Alejandría y Pérgamo, sostenidas por la más barata y abundante mano de obra esclava, los talleres fueron pocos y pequeños, afectando esta regresión a muchas familias. Igualmente, la devaluación monetaria

del siglo III, paralela a un alza de precios en los productos de consumo general (trigo, aceite, vino), repercutió sobre dichos trabajadores libres, sustituidos frecuentemente por los serviles, y cuyos bajos salarios les impulsaban a levantamientos y revoluciones.

La forma más extendida de producción industrial concentró el artesanado especializado en pocas y grandes factorías, juntamente con aprendices y esclavos. Las industrias de este tipo tenían ciertas limitaciones, unas impuestas por la misma producción local, otras por la baja capacidad adquisitiva de los clientes. No nos han llegado muchos restos de instalaciones industriales, pero por lo poco que podemos colegir se trata de talleres dedicados a la elaboración de bienes sencillos y asequibles para cubrir las exigencias de las clases trabajadoras. Así, la cerámica fue eminentemente popular (vasijas negras áticas, piezas pergamenas o samias). La industria del vidrio se expandió por Egipto y Fenicia, mientras que la textil se benefició de ciertas novedades técnicas (prensa de tejidos, colorantes químicos).

Por su parte, la metalurgia sufrió las alternativas del laboreo de las minas, Los datos que tenemos referentes a tributaciones nos hablan de explotaciones mineras fuertes. El oro se fue agotando, trabajándose más el hierro, cobre y plata, esta última muy solicitada para amonedación y artículos de lujo. El cobre fue monopolio ptolemaico, mientras que en Tracia se explotaron los yacimientos de oro y plata del Mte. Pangeo. En las minas se utilizaban esclavos en condiciones muy duras, si bien se introdujeron ciertas mejoras técnicas (rueda hidráulica, bomba de Arquímedes). El hierro servia para producir armas, pero en este caso, como en la construcción naval o fabricación de máquinas bélicas, se trataba de industrias muy costosas que exigían un personal especializado.

En cuanto a la agricultura se roturaron tierras baldías, como las desecaciones hechas en el lago Copais (Beocia) o en la región tesalia de Larisa. En Egipto se mejoraron las técnicas de irrigación y se aprovecharon extensiones pantanosas. Las obras se hicieron con

trabajadores libres, bien contratistas pagados por el Gobierno o terratenientes que empleaban a asalariados. De la aplicación del hierro para los instrumentos agrícolas nos hablan los documentos del fundo de Apolonio en Filadelfia. Tareas similares de aprovechamiento del suelo las emprendió ya en Babilonia Alejandro, y hay noticias de restauración de canales en los territorios de algunas colonias seleúcidas.

La actividad agrícola se enriqueció en general con la introducción y aclimatación de nuevas especies vegetales, ocurriendo lo mismo con la ganadería. Las cifras de producción no son muchas ni directas. Podemos inferir algunos datos de Polibio para Macedonia, como los 10.000 modios de trigo que los aqueos entregaron a Filipo V en el 219, pero Grecia fue deficitaria en grano. El trigo, por el contrario, fue producto primario en Egipto, donde se cobraban muchos impuestos en especie. No obstante, el verdadero monopolio real fue el aceite, decidiéndose oficialmente las extensiones a plantar y cobrándose derechos de importación para limitar la competencia. También fue monopolio ptolemaico el papiro, pero no ocurrió lo mismo con las manufacturas textiles.

La economía helenística buscó ávidamente nuevos recursos que explotar. La necesidad de madera para la construcción naval (desarrollada por el aumento del tráfico comercial y las flotas militares), la fabricación de maquinaria bélica o como combustible exigió la tala de muchos bosques, extensos en Asia Menor y Siria, aunque algunas zonas de Grecia sufrieron una grave deforestación. También el auge de las construcciones impulsó el trabajo de las canteras por la gran demanda de piedra y mármol. La pesca fue producto muy consumido, especialmente entre las clases humildes. De su gran aceptación nos hablan las frecuentes citas literarias, los temas decorativos marinos (en platos, mosaicos, etc.), y la multiplicación de pesquerías, cuyas actividades requerían una cuidada planificación y grandes capitales. Los papiros de Tebtunis (Egipto) aluden a la organización de las capturas en El Fayum.

El comercio fue la actividad económica más impulsada en el ámbito helenístico. Algunos factores coadyuvantes contribuyeron decisivamente a ello. Las exploraciones abrieron nuevas vías de comunicación, los Seleúcidas se relacionaron con la India y Extremo Oriente y el tráfico de especias tuvo sus centros principales en Alejandría y Rodas. Además, hubo entre los diversos Estados acuerdos convencionales para regular las disputas contractuales. Las acuñaciones internacionales de Alejandro contribuyeron a impulsar la circulación monetaria y los intercambios mercantiles. La amonedación fue con los Seleúcidas prerrogativa real, si bien hubo exenciones para ciertas ciudades sirias. Los Ptolomeos emitieron en plata, aunque se usó más el cobre. Al convertirse la moneda en eficaz medio de propaganda algunos Estados le dieron calidad artística, y al estimarse como signo de independencia política, muchas comunidades se hicieron reconocer el derecho a acuñar. Se difundieron dos patrones: el ático, en Atenas, Macedonia y posesiones seleúcidas, y el fenicio, en Egipto, Rodas, Siracusa, etc.

Las inquietudes filosóficas y religiosas

El progreso de la banca fue consecuencia lógica de lo anterior. Hubo bancos privados que cambiaban, hacían depósitos o prestaban, y bancos estatales para operaciones de más envergadura. Se conoció la letra de crédito, lo cual agilizó las tareas comerciales. Un gran centro mercantil y financiero fue la isla de Delos, donde los traficantes italianos estuvieron desde mediados del siglo II a. C. Allí era muy importante la venta de esclavos. Otros productos activamente exportados en el mundo helenístico fueron el grano egipcio, papiro, textiles, vinos, objetos de arte, etc.

Si algo aportó la gran empresa de Alejandro al plano de las relaciones humanas fue el surgimiento de la conciencia del hombre como individuo y una tendencia igualitaria por encima de razas, religiones y costumbres. La filosofía estoica sabría captar pronto este concepto, favoreciendo la idea de un cosmopolitismo que debía

superar las barreras ancestrales del mundo griego e impulsar un sentimiento humanitario general, La época fue por ello tan rica en guerras como en intentos de arbitraje, en violaciones territoriales como en declaraciones de inmunidad, en represalias como en tratados.

En cierto modo, las corrientes filosóficas fueron acordes con el nuevo mundo abierto por Alejandro, que había impreso en el hombre de la época la creencia de que ya no pertenecía sólo a su ciudad, de que sus horizontes vitales superaban los estrechos esquemas de antaño, de que perentoriamente necesitaba guías que encauzaran sus nuevas inquietudes. Las escuelas de Epicuro y Zenón pretendieron dar una orientación, concentrando su atención fundamentalmente en aspectos éticos, y tratando de construir una estructura de valores sobre principios científicos que librara a los hombres del temor a los dioses y de la superstición. Dentro del torbellino de corrientes y movimientos del momento, el objetivo fue la búsqueda de la felicidad humana, cifrándola en el placer, la ausencia de dolor o la liberación de las pasiones. Por su parte, los estoicos fueron quienes llevaron más lejos la noción de una fraternidad universal y un estado mundial, en lo que concordaban con algunos de los políticos más ambiciosos de la época. Mantuvieron la noción de igualdad humana, aunque desde una perspectiva muy teórica, luchando por conseguir la felicidad con el ejercicio de la virtud.



Seleuco I Nicator, fundador del Imperio seléucida (Museo Nacional, Nápoles).

El florecimiento de las escuelas filosóficas significó para el hombre culto la quiebra de la religión olímpica, cuyos dioses habían encajado mejor en el marco estricto de la ciudad-Estado, al mismo tiempo que las corrientes individualistas habían alejado al hombre común de idénticas creencias. El Oriente, doblegado en el terreno político, acabó sometiendo al mundo griego al influjo de nuevas creencias y divinidades, que entraron a través de numerosas

asociaciones privadas, del mismo modo que entre las deidades propiamente helénicas fue Dionisos la más aceptada por la popularidad de sus ritos.

Dos factores religiosos dominantes fueron la búsqueda de un dios único, idea propugnada por las filosofías, que encontró eco entre las gentes más cultas, y la propagación de un sincretismo que aunara las diversas manifestaciones de una sola divinidad, lo cual fomentaron los estoicos. La atracción por los cultos orientales fue otra de las constantes religiosas, especialmente los procedentes de Siria (Atargatis, Zeus Keraunios) y Egipto (Isis, Serapis). Por otro lado, las corrientes deterministas recibieron un gran influjo de la astrología babilonia, al mismo tiempo que suscitaron la correlativa respuesta en el desarrollo de las prácticas mágicas, supersticiones y cultos mistéricos.

El Helenismo significó en el campo de la cultura la difusión de muchos conocimientos y aportaciones literarias, gracias a una serie de factores coadyuvantes. Al aumentar la producción de papiro y pergamino, y al emplearse en las tareas de edición esclavos instruidos, la publicación de libros creció notablemente, contribuyendo también a este proceso el desarrollo de las comunicaciones, la difusión de una civilización y lengua comunes, y la fundación por algunos reyes de grandes bibliotecas (idea llegada desde Asiria y Babilonia), destacando las de Antioquia, Pérgamo y muy especialmente Alejandría.



Seleuco / Filetairos / Tetradracma de plata de Poliorcetes

Para satisfacer las exigencias de un público culto y limitado, y otro más denso con instrucción suficiente para ser el objetivo de toda una literatura popular, los escritores pulularon por doquier. Se han podido conocer más de mil autores, si bien la mayoría son simples nombres. Entre los poetas destacó Antimaco de Colofón, cultivador del género amatorio, sin olvidar a Alejandría como centro especial donde se ensayaron el idilio, asociado al hombre de Teócrito, la poesía instructiva o el epigrama. Para atender la demanda de los numerosos festivales se continuaron escribiendo tragedias, inspirándose Licofrón en temas contemporáneos, y comedias de costumbres, donde florecieron las obras de Menandro, que tanta influencia tuvo sobre el teatro latino.

La antigua oratoria política acabó decayendo ante el empuje de la retórica, mientras que en la prosa la Historia pasó al primer plano. Ptolomeo I, al escribir sobre Alejandro basándose en su experiencia directa y documentos oficiales, marcó la pauta del hombre de acción que relata lo que ha vivido, como luego haría César. En el siglo II la figura culminante fue Polibio, el primero en concebir la Historia dentro de un contexto universal. Por otra parte, a inicios del siglo III, dos sacerdotes, Beroso de Babilonia y Manetón de Egipto, sistematizaron la historia de sus respectivos países para ponerla al alcance de los griegos.

Asimismo, había todo un público que saciaba sus ansias de lectura con obras amenas y fáciles de leer. Los conocimientos geográficos facilitaron la publicación de «cuentos de viaje», y la evocación del pasado se plasmó a veces en diálogos imaginarios entre personajes históricos. Pero también se recurrió a obras cortas y mediocres en las que cabía de todo, desde la fantasía o las guerras del ayer hasta los chismes más atractivos, no teniendo los autores el más mínimo recelo en copiarse unos a otros.

Dentro ya del terreno artístico, la arquitectura helenística estuvo estrechamente ligada a los progresos de la ingeniería. Por ejemplo, el desarrollo de las máquinas de sitio obligó a mejorar la técnica de construcción de murallas, la aparición de grandes urbes (Antioquia,

Mileto o Alejandría) estimuló las obras públicas, como los baños, el trazado regular de las calles o el abastecimiento de agua. Las nuevas preocupaciones por la higiene se ven claramente en la Ley de Salud Pública de Pérgamo.



Ptolomeo I
Anverso y reverso de una moneda de Antioco IV.

Otras aportaciones técnicas fueron el arco, la bóveda y la cúpula. Se usó preferentemente el orden corintio en los muchos templos construidos. En otros apartados, como la escultura y en el arte en general, el Helenismo no conoció limitaciones, ensayándose nuevas vías de expresión y predominando por encima de todo realismo e individualismo,

El progreso de los conocimientos científicos

Aunque las conquistas de Alejandro proporcionaron a los estudiosos griegos que le acompañaban una gran cantidad de materiales con los que ampliar muchas ramas del conocimiento, la principal consecuencia de aquéllas en el terreno científico fue poner en relación a la Hélade con toda la tradición cultural egipcia y babilonia. En el campo de la Astronomía las anteriores aportaciones de los sabios caldeos habían sido notables y fueron aprovechadas en parte. Heráclides descubrió que la Tierra giraba sobre su eje, Aristarco estableció que el Sol es mayor en masa que nuestro planeta, e Hiparco sentó las bases del sistema geocéntrico. En

relación con los progresos astronómicos estuvieron los avances de las Matemáticas, sobresaliendo Euclides por sus conocimientos geométricos y Arquimedes, descubridor de ciertos principios de la Hidrostática y la Mecánica, a algunas de cuyas ideas dio una aplicación práctica.

Por lo que respecta a la Medicina, donde ya los conocimientos egipcios eran notables, Herófilo descubrió los nervios y su relación con el cerebro y la médula espinal, mientras que Filino sostuvo que las enfermedades eran curables sin conocimientos fisiológicos, y Asclepiades aplicó tratamientos naturales a base de dietas, masajes y baños. No obstante, la Medicina científica actuó paralela a las curaciones efectuadas en los templos de Asclepios y Serapis, donde tenía un destacado papel la sugestión del paciente. Finalmente, en el campo de las Ciencias Naturales, lo más relevante fue el conocimiento y experimentación de nuevas especies zoológicas y botánicas, sin olvidar la notable sistematización de las plantas que hizo Teofrasto.

Bibliografía

Alsina, I., *Comprender a la Grecia clásica*, Barcelona, Teide, 1983. Cassin, E., Bottero, J., y Vercoutter, J., *Imperios antiguos de Oriente*, Madrid, Siglo XXI, 1984. *Diccionario de la civilización griega*, Barcelona, Destino, 1972. Droysen A. J., *Alejandro Magno*, México, F.C.E., 1940. Finley, M. I., *Aspectos de la Antigüedad*, Barcelona, Ariel, 1975. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo antiguo*, Barcelona, Bruguera, 1981, Grimberg, C., *Grecia*, Barcelona, Daimón, 1982. Heurtley, W. A., y otros, *Breve hibtoré de Grecé*, Madrid, Espasa Calpe, 1969. Hornblower, S., *El mundo griego*, Barcelona, Crítica, 1985. Jaeger, W., *Demóstenes*, México, F.C.E., 1947. Jouguet, P., *El imperialismo macedónico y la helenización de Oriente*, México, F.C.E., 1958. Lafforgue, G., *Oriente y Grecia*, Madrid, Edaf, 1975. Lloyd Jones, H. (ed.), *Los griegos*, Madrid, Gredos, 1974. Meyer, E., *Alejandro Magno y la monarquía absoluta*, México, F.C.E., 1955. Petit, P., *Historia de la Antigüedad*, Barcelona, Labor, 1982. Petrie, A., *Introducción al estudio de Grecia*, Madrid, F.C.E., 1983. Pijoán, J., y otros, *Alejandro Magno*, Barcelona, Salvat, 1971. Pirenne, J., *Civilizaciones antiguas*, Barcelona, Caralt, 1976. Roldán, J. M., *Introducción a la Historia Antigua*, Madrid, Istmo, 1975, Starr, Ch. G,, *Historia del Mundo Antiguo*, Madrid, Akal, 1974. Tarn, W., y Griffith, G. T., *La civilización helenística*, México, F.C.E., 1969. Tovar, A., Röllig, V., y Gamer-Vallert, I., *Histoná del Antiguo Oriente*, Barcelona, Hora, S.A., 1984.